

**CONDICIONES NARCISISTAS Y OBJETALES  
EN EL VÍNCULO AMOROSO DEL ADOLESCENTE**

*Monografía para optar al título de  
Especialista en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia*

PRESENTADA POR  
**ANDRÉS JULIÁN SANTA OSPINA**

DIRECTOR DE LA MONOGRAFÍA  
**MAURICIO FERNÁNDEZ ARCILA**  
Doctor en psicopatología fundamental y psicoanálisis

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS  
MEDELLÍN-COLOMBIA**

**2013**

## TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	4
1. IDEAS PSICOANALÍTICAS ACERCA DEL AMOR .....	9
1.1 APROXIMACIÓN A LAS REFLEXIONES DE FREUD .....	9
1.2 ALGUNAS APRECIACIONES POST-FREUDIANAS.....	12
1.3 KERNBERG: EL AMOR SEXUAL ADULTO .....	14
1.1 EL DESEO ERÓTICO.....	15
1.2 TERNURA Y EROTISMO .....	17
1.3 LA IDENTIFICACIÓN CON EL OTRO .....	19
1.4 LA IDEALIZACIÓN.....	21
1.5 EL COMPROMISO Y LA PASIÓN .....	23
1.4 LA TRAMA TEÓRICA ALREDEDOR DEL AMOR .....	26
2. CONCEPTOS FREUDIANOS APLICADOS AL AMOR .....	29
2.1 LA CONSTITUCIÓN PULSIONAL .....	30
2.1.1 DEFINICIÓN DE LA PULSIÓN .....	30
2.1.2 LOS TIPOS DE PULSIÓN .....	32
2.1.3 HITOS EN EL DESARROLLO PULSIONAL .....	32
2.2 NARCISISMO Y VÍNCULO AMOROSO .....	35
2.2.1 LIBIDO YOICA Y LIBIDO DE OBJETO.....	37
2.2.2 DESARROLLO DEL YO Y LAS POLARIDADES PSÍQUICAS .....	40
2.2.3 ELECCIÓN DE OBJETO, NARCISISMO Y VÍNCULO AMOROSO.....	44
2.3 EL EDIPO: PRIMEROS AMORES Y RELACIONES OBJETALES .....	49
2.3.1 DOS TIEMPOS DE LA SEXUALIDAD .....	49
2.3.2 LAS TEORÍAS FREUDIANAS ACERCA DEL EDIPO .....	52
2.4 MIRADA A LOS APORTES FREUDIANOS .....	59

3. LA COMPRESIÓN DE LA ADOLESCENCIA.....	62
3.1 ADOLESCENCIA, PSICONEUROSIS Y A POSTERIORI .....	64
3.2 LAS METAMORFOSIS DE LA SEXUALIDAD .....	66
3.3 PUBERTAD Y COMPLEJO DE EDIPO .....	71
3.4 EL SEGUNDO PROCESO DE INVIVIDUACIÓN .....	72
3.5 GENITALIDAD, IDEALIDAD Y VÍNCULO AMOROSO .....	78
3.6 DISCUSIÓN Y SÍNTESIS .....	81
4. LA ADOLESCENCIA Y LA CAPACIDAD DE AMAR .....	85
CONCLUSIONES.....	89
BIBLIOGRAFÍA .....	91

## RESUMEN

Los vínculos amorosos durante la adolescencia tienden a mostrar características particulares que contrastan con los vínculos amorosos adultos. Aparecen como relaciones con un compromiso afectivo intenso, y con la necesidad de confirmar constantemente la presencia del ser amado; Igualmente, ante la pérdida o ausencia de éste puede presentarse una rápida sustitución del objeto de amor o, por el contrario, una gran dificultad para el desprendimiento.

Teniendo en cuenta estos fenómenos cabe preguntarse ¿cómo desde la perspectiva psicoanalítica puede entenderse el origen psíquico y desarrollo de los vínculos amorosos y el lugar que ellos ocupa durante el período adolescente?

Dicha problemática ha sido abordada mediante una monografía de revisión bibliográfica, que incluye reflexiones críticas acerca de los hallazgos teóricos. Como punto de partida, fueron reunidos los aportes teóricos de diferentes autores psicoanalíticos entorno a la naturaleza y constitución de los vínculos amorosos, entre ellos *Sigmund Freud*, *Otto Kernberg*, *Peter Blos* y *Loise Kaplan*. En una segunda etapa de profundización, fueron ampliados los fundamentos que desde la teoría de Sigmund Freud permite la comprensión del fenómeno en cuestión, allí se incluyen conceptos esenciales como *la pulsión*, *la relación de objeto*, *la identificación*, *el narcisismo* y *el complejo de Edipo*. Posteriormente y con el objetivo de acercarse a las especificidades del amor en el contexto adolescente, las reflexiones estuvieron centradas en la definición de los principales conceptos y enfoques acerca de los procesos psíquicos durante este período vital. Por último y teniendo en cuenta la coherencia, pertinencia y capacidades heurísticas de los aportes generales y específicos encontrados, se presentan ciertas reflexiones y perspectivas sobre el amor adolescente.

**PALABRAS CLAVES:** *Vínculo amoroso, adolescencia, narcisismo, relación de objeto, pulsión, complejo de Edipo, identificación.*

## INTRODUCCIÓN

Ante cualquier observador casual, no necesariamente instruido en las teorizaciones psicoanalíticas, saltan a la vista las características particulares de los amores de la adolescencia y su contraste con los vínculos amorosos adultos. Se develan como relaciones con un compromiso afectivo intenso, que precisan una confirmación sensorial constante de la presencia del ser amado, pero que ante su ausencia o pérdida se reacciona de maneras muy dispares: con una rápida sustitución o con una gran dificultad para su desprendimiento.

Con todo, la intensidad del compromiso afectivo implicado en dichas formas de relación no garantiza la prevalencia de Eros sobre Tánatos. En los casos más extremos, el adolescente se puede ver implicado en decisiones o acciones con consecuencias trágicas, tanto para sí mismo como para otras personas. Son numerosas las referencias literarias a esos amores adolescentes llevados hasta estas situaciones límite. Esto se cumple, por ejemplo, en la obra *Las desventuras del joven Werther*, publicada por Goethe en 1774. En ella se relata la historia de un joven y apasionado artista enamorado de una chica de su misma edad, quien está comprometida y desposada después con un hombre once años mayor que ella, y que por respeto por éste, ella no corresponde al amor que el joven Werther le profesa. Apesadumbrado por el rechazo de la dama, Werther decide que alguno de los tres debe morir, y al ser incapaz de dañar a otros, opta por el suicidio.

Otro ejemplo, aunque extraído de las noticias periodísticas, lo brinda el recordado caso de *Julieth Hulme* y *Pauline Parker*, dos adolescentes neozelandesas de 15 y 16 años respectivamente, quienes compartían una amistad que parecía bordear los límites del enamoramiento. Fue así como los padres de Julieth deciden enviarla a vivir con unos parientes residentes en Sudáfrica; decisión que la chica controvierde con enérgicas protestas y que sólo habría de aceptar si su mejor

amiga la acompaña. Ante la inminente posibilidad de ser separadas, Julieth junto con su amiga Pauline, decide asesinar a su madre. Así es como, el 22 de junio de 1954, ambas adolescentes conducen a la señora Honora Rieper por un camino solitario, donde la asesinan a golpes de piedra y con la mitad de un ladrillo envuelto en una funda.

En las publicaciones de Freud y de los post-freudianos, son numerosas las consideraciones sobre el amor, pero más escasas y menos específicas las que se refieren particularmente al amor adolescente. En tal sentido, al iniciar este trabajo resultaron llamativas, en primer lugar, no solo por el sentido cronológico sino por la importancia de su enfoque, las reflexiones de su hija. Anna Freud advierte que el sujeto adolescente en el enamoramiento con alguien de su misma edad, construye un vínculo de apasionamiento total; como ocurre en el caso del joven Werther, o en la amistad de las dos jóvenes homicidas mencionadas. Según Anna Freud estas relaciones amorosas son apasionadas y exclusivas, pero al mismo tiempo breves, pues las personas elegidas como objeto de amor suelen ser dejadas de lado fácilmente y sustituidas por otras. Así, los objetos abandonados serán echados al olvido con facilidad, pero replicando el tipo de relación, con un detalle casi obsesivo, al encontrar un objeto de amor nuevo.

Ahora bien, lo que sirvió de punto de partida para este trabajo, más allá de la coincidencia fenomenológica de estas aproximaciones, fue la interpretación metapsicológica que Anna Freud ofrece de estas relaciones. En síntesis, ella propone que, a través de sus vínculos amorosos, el adolescente no desea tanto la posesión del objeto en sentido corporal, o sexual, sino la mayor asimilación posible de la persona amada en el momento. Por tal motivo, anota la autora, las fijaciones amorosas apasionadas y efímeras establecidas por el adolescente no parecen guardar correspondencia con las relaciones de objeto, en el sentido que tal expresión comporta para designar el vínculo adulto, sino contrariamente,

parecen ser identificaciones de la especie más primitiva, de naturaleza similar a las que se observan durante las etapas precoces del desarrollo infantil.

Ahora bien, el afortunado y temprano encuentro con las anteriores descripciones y explicaciones hizo posible construir un punto de partida y una perspectiva para abordar la revisión bibliográfica que alimenta este trabajo. En efecto, más allá de saber si otros autores compartían la articulación teórica propuesta por Anna Freud, —entre los componentes identificatorios y narcisistas, por un lado, con las relaciones de objeto, por el otro— cabía más bien poner en consideración, en las sucesivas lecturas, con qué otros conceptos psicoanalíticos se podrían entender las formas y modalidades del vínculo amoroso adolescente inicialmente descritas. Es más, habida cuenta de que no todos ellos se ocuparon de la adolescencia, cabía también preguntarse ¿en qué medida sus propuestas teóricas sobre el vínculo amoroso serían aplicables a las condiciones particulares de la adolescencia?

Pero las primeras indagaciones y selecciones bibliográficas mostraron que la búsqueda a la que empujaba esta pregunta podía concernir a un tal volumen de autores y publicaciones, que serían inabarcables dentro de los límites del proyecto universitario. Por esta razón, se optó por priorizar los fundamentos, es decir, por hacer un énfasis en aquellos conceptos acuñados por Sigmund Freud que fueran pertinentes para el tema (capítulo 2), pero al mismo tiempo ponerlos en diálogo con algunos aportes post-freudianos (limitados en número, pero seleccionados por su pertinencia) que ayudaron a entender la potencialidad teórica de los aportes freudianos originales.

Así las cosas, el procedimiento metodológico propuesto para el abordaje de esta problemática corresponde básicamente al de una monografía de revisión

bibliográfica; tipo de monografía que debe incluir reflexiones críticas sobre los hallazgos teóricos. En este sentido se pretende, en el primer capítulo, reunir los aportes conceptuales de diversos autores en torno al objeto de investigación, a saber, el vínculo amoroso. En el segundo capítulo, como en una especie de retorno a los fundamentos, se compendian y estudian aquellos conceptos de la obra de Freud que suelen ser utilizados para la comprensión del fenómeno en cuestión. En el tercer capítulo, para poder acercarse a las especificidades del amor en el contexto adolescente, la reflexión tratará de definir los principales conceptos y enfoques acerca del proceso psíquico durante este período vital. Finalmente, sobre la base del examen (necesariamente parcial, dados los límites de este trabajo) de la pertinencia, coherencia y capacidades heurísticas y explicativas de los aportes generales y específicos, se tratará de esbozar, a modo de hipótesis o de propuesta para una investigación posterior, algunas perspectivas de estudio sobre el amor en el adolescente.

## 1. IDEAS PSICOANALÍTICAS ACERCA DEL AMOR

Para abordar el estudio de las particularidades del vínculo amoroso durante la adolescencia, se hace necesario descomponer la temática en unidades teóricas y conceptuales más pequeñas, con el fin de lograr un tratamiento más ordenado en la búsqueda, selección y manejo de la información, que sea pertinente para el esclarecimiento de las preguntas planteadas.

Con este fin, se reunirán y revisarán, en primer lugar, varias contribuciones psicoanalíticas que teorizan sobre el amor. Como ya se explicó, se partirá de las teorías de Freud, y luego se las pondrán en relación con otros aportes post-freudianos.

Se espera, con este procedimiento, poder aislar aquellos factores y procesos psíquicos tenidos en cuenta desde Freud, para explicar los orígenes del amor, así como su papel dentro del desarrollo y la organización psíquicos.

### 1.1 APROXIMACIÓN A LAS REFLEXIONES DE FREUD

Son varios los escritos en los que Freud se refiere al amor. Se pueden destacar, en orden cronológico:

*Tres ensayos de teoría sexual* (1905c), en donde (en el tercer ensayo “Las Metamorfosis de la pubertad”), se refiere a las fuentes de las excitaciones sexuales, a la subordinación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales y al hallazgo del objeto sexual durante la pubertad (adolescencia). Este paso por la pubertad permite el reencuentro psíquico con el objeto de satisfacción

preparado desde la primera infancia. En este sentido, se plantea que, si inicialmente la satisfacción se hallaba conectada con la nutrición y que su objeto se correspondía con el pecho materno, más tarde dicho objeto es resignado, al formarse la representación global de la persona a quien pertenecía tal órgano. Pasa el sujeto así a un autoerotismo que sólo se supera después del período de latencia, cuando puede tener lugar una suerte de restablecimiento de la relación con el objeto originario, puesto que el hecho de mamar del pecho materno resulta ser el paradigma para todo vínculo de amor futuro (Freud, 1905c p. 202).

En *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* (1912c) retoman los conceptos de corriente tierna y corriente sensual para explicar la impotencia o degradación psíquica relativamente frecuente en el varón. Si bien, en trabajos anteriores, ya había aceptado que tempranamente en el niño aparecían ligazones amorosas, semejantes a las del adulto, la admisión de la existencia de “elecciones amorosas de objeto” estará vinculada también con el reconocimiento del papel determinante del Complejo de Edipo (como complejo nuclear) y con la introducción del concepto de narcisismo (Freud, 1914e).

Precisamente, en consonancia con este último contexto teórico, en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915b), Freud llegará a precisar que el vínculo amoroso se constituye como algo que sobrepasa y es mucho más complejo que la relación pulsional con un objeto que se satisface en el placer de órgano, por cuanto implica la relación de un yo, más o menos estructurado y diferenciado, con un objeto sexual del mundo externo.

En este mismo ensayo metapsicológico, Freud traza también una genealogía del amor. Según él, el amor tiene su génesis en la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica el placer de órgano. En este sentido, la palabra “amar” puede

denotar cualquier vínculo de placer del yo con el objeto (satisfacción sexual o bien de satisfacción sexual sublimada). Luego esta ligazón de placer asume una naturaleza narcisista, trasladándose esa investidura al yo ampliado, que ha incorporado los objetos fuente de placer, y finalmente el vínculo amoroso más maduro propende por la replicación de los objetos incorporados en el yo en su relación con un nuevo objeto diferenciado. Por lo tanto, el vínculo de amor implica que el yo proyecte sus objetos internalizados, mientras simultáneamente se enriquece al incorporar por vía identificatoria los rasgos del objeto nuevo idealizado (Freud, 1915b pp. 131-133).

Tal sería pues la prehistoria del vínculo amoroso, como es entendida por Freud. Cabe preguntarse ¿qué ocurre con el vínculo amoroso y el objeto en los tiempos que preceden la configuración del yo y a la síntesis de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales? Se responde que el vínculo amoroso tiene su origen en la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica una parte de las mociones pulsionales a través de la satisfacción del placer de órgano. Igualmente, el amar, durante las etapas primitivas, se presenta bajo la forma de metas sexuales provisionales, algunas relacionadas por ejemplo con la incorporación o la devoración de la pulsión oral, cuya meta sería la supresión de la existencia del objeto como entidad separada; o también con las tentativas por alcanzar el objeto bajo la forma del apoderamiento, de acuerdo con el modelo de la pulsión sádico-anal. Más adelante, con el paso de la sexualidad pregenital a la sexualidad genital, el amar deberá ser congruente con la síntesis de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales y con la existencia de un objeto de satisfacción fuera del propio cuerpo y diferenciado del yo.

Por último, para terminar la presentación de este artículo, conviene subrayar la definición general del amor que aquí plantea Freud: como una forma de relación entre un Yo-total y sus objetos (1915b p.132). Según esto, resulta imposible hablar

de vínculo amoroso, en sentido pleno, en etapas previas a la configuración de un Yo separado y diferenciado de su objeto de satisfacción, pues se supone que este Yo-total no existe desde el comienzo de la vida, sino por el contrario, que debe configurarse en el proceso de desarrollo psíquico.

Cinco años más tarde, en *Psicología de las masas* (1920g), Freud hará una integración de los elementos psíquicos que en sus escritos previos había captado como determinantes de la relación amorosa. En cierta forma apartándose del lenguaje usual que llama “amor” a vínculos afectivos muy diversos (1920g p.105), ahora reserva el término para aquella ligazón afectiva que reúne las investiduras de las pulsiones sexuales y de las pulsiones tiernas, de meta inhibida. Se requiere esa doble catectización para que la ligazón sea duradera. Por tanto, son los sentimientos tiernos los que distinguen los grados de enamoramiento del anhelo simplemente sensual (1920g p.106), pero, por otro lado, también la sobrestimación del objeto (estrechamente articulada al narcisismo y a la idealización) es la que garantiza la no-degradación del objeto. Al contrario, la “cuña” que disocia estas dos corrientes es el complejo de Edipo (1920g p.133).

## **1.2 ALGUNAS APRECIACIONES POST-FREUDIANAS**

Peter Blos, amigo de Anna Freud y durante un tiempo su colaborador en proyectos educativos en Viena, se distinguirá, luego de su instalación en los Estados Unidos, por sus amplios y sistemáticos aportes a la comprensión de la adolescencia. Él propone que los vínculos típicamente establecidos por los adolescentes pueden mostrar un carácter espurio, puesto que no se busca en sí mismo el lazo personal sino la agitación emocional y el afecto agudo que estos suelen provocar, lo que también revela una necesidad del adolescente de tener experiencias o relaciones personales que impliquen una clara intensidad de participación y afectividad (Blos, 1979 p.132)

En nuestro país, Guillermo Carvajal (1993) considera que las nuevas formas de erotismo que aparecen durante la adolescencia derivan en una crisis con los objetos psíquicos infantiles sobre los cuales otrora recaían las posibilidades de satisfacción infantil. Así, tales objetos pierden gran parte de su valía como fuentes de placer y como modelos identificatorios. Como resultado de ello se reconoce la crisis particular de la identidad durante este período, relacionada con fenómenos como la hipercatexia del yo, del self y la representación psíquica del cuerpo, lo que al mismo tiempo derivan en que las relaciones de objeto tiendan a ser establecidas desde una posición infantil y con un predominio de mecanismos como los celos y la dependencia. Por tal motivo según Carvajal, los vínculos adolescentes muestran un marcado carácter narcisista, de autocomplacencia y de idealización, tratándose más bien de la proyección de un objeto interno idealizado y no de la experiencia real del otro (Carvajal, 1993 pp. 77-79).

Entre las figuras importantes del psicoanálisis de la adolescencia en Norteamérica, Louise Kaplan analiza en profundidad la naturaleza de las excitaciones genitales durante la pubertad y su papel en el establecimiento de los vínculos personales, el desarrollo de las instancias yoicas y la diferenciación sexual, entre otros. Así destaca que el amor adolescente refleja una particular cualidad narcisista que se evidencia en la manera como los enamorados se vuelcan y se dejan absorber completamente por el otro, en lo que parece ser una franca proyección de la omnipotencia y el narcisismo infantil. Asimismo, los enamorados son capaces de reflejar un estado de perfección absoluta, de éxtasis por la unión de los cuerpos y una compenetración total que no parece verse perturbada por la necesidad de comprensión profunda y completa. Sin embargo, resulta llamativa la manera cómo el vínculo amoroso puede verse frustrado cuando el reconocimiento del otro como una persona real, con sus defectos e imperfecciones, impide alcanzar la gratificación de las expectativas mágicas y el reflejo de la admiración absoluta, por lo que muchas veces el compañero puede ser abandonado intempestivamente y

se volverá a emprender entonces la búsqueda de un nuevo amor perfecto (Kaplan,1984d p. 190).

Se hará la exposición de las teorías de Blos y de Kaplan en el capítulo sobre la adolescencia. De momento, para tratar sobre el amor desde un punto de vista más general y adulto, y no en el contexto adolescente específico, se pasará a presentar las apreciaciones de Otto Kernberg, otro de los autores representativos del psicoanálisis contemporáneo, por cuanto, retoma y profundiza muchos de los puntos tratados por Freud respecto al amor.

### **1.3 KERNBERG: EL AMOR SEXUAL ADULTO**

En el capítulo “El amor sexual maduro”, perteneciente al libro *Relaciones amorosas - normalidad y patología* (1995), Kernberg plantea una manera particular de entender el vínculo amoroso en su forma más madura a través de la disección de sus procesos y elementos psíquicos constitutivos, ello articulando los aportes de figuras tan representativas como S. Freud, M. Klein y M. Balint, y además puntualizando la manera cómo algunos de los principales procesos psíquicos que ya ha sido abordados, a saber, la pulsión y la sexualidad, el desarrollo del yo, el narcisismo y las relaciones de objeto, la sobrestimación sexual del objeto y el complejo de Edipo, se mantienen vigentes y se integran en las formas maduras de vínculo amoroso.

De acuerdo con su propuesta el amor sexual maduro se reconoce como una disposición emocional compleja en la cual se integran:

1. Una excitación sexual transformada en deseo erótico hacia otra persona.

2. La ternura, derivada del predominio del vínculo de amor sobre la agresión y de la capacidad para tolerar la ambivalencia típica de todos los lazos interpersonales.
3. Una identificación genital recíproca y una profunda empatía con la identidad de género del otro.
4. Una forma madura de idealización, junto al compromiso con el otro y con la relación.
5. Un carácter apasionado del vínculo amoroso en los ámbitos de: la relación sexual, la relación objetal y la investidura del superyó de pareja.

## 1.1 EL DESEO ERÓTICO

En concordancia con lo planteado por Kernberg, el deseo erótico tiene su origen en la excitación sexual presente desde los primeros momentos del desarrollo e identificada como un afecto vinculado desde el inicio con la estimulación de la piel y las aberturas corporales, todo lo cual ocurre en el contexto de las primeras relaciones de objeto durante las etapas preedípicas y edípicas. Así, en el espacio de las relaciones amorosas del infante con su madre, el contacto corporal íntimo deriva en fantasías de satisfacción de las aspiraciones sexuales polimorfas, lo que al mismo tiempo posibilita en el bebé la construcción de un mundo internalizado de fantasías y de experiencias simbióticas que despiertan excitaciones y satisfacciones.

Estos mismos procesos psíquicos estarían involucrados en los anhelos de intimidad, contacto de las superficies corporales y estimulación física que se observan, de ordinario, en los vínculos amorosos de la vida adulta; pues todo ello estaría remitiendo a los deseos de fusión simbólica con el objeto parental y a ciertas formas de identificación primitivas.

Tal como se ha visto en apartados anteriores, las primeras formas de la relación de objeto por lo común muestran, de manera concomitante, afectos polarizados como el amor y el odio, lo que tiene sentido al recordar que tanto el propio yo como el objeto son fuente de sensaciones placenteras y displacenteras. De acuerdo con Kernberg (1995b p. 70), la excitación sexual muestra, paralelamente a la corriente erótica, componentes agresivos y sádicos que complementaría la mencionada búsqueda de fusión. En vista de todo ello, existiría una idealización temprana de la superficie del cuerpo de la madre, que adquiriría precisamente una función defensiva contra el vínculo agresivo y las fantasías sádicas.

Por vía de esta misma idealización temprana del cuerpo materno, y gracias a mecanismos como la identificación y la introyección, se logra igualmente una idealización del cuerpo del propio infante. Debido a que tales procesos de idealización responden al mecanismo de la disociación, que mantiene una separación entre las experiencias totalmente buenas y totalmente malas, las disposiciones sexuales hacia el objeto sobrestimado y la excitación sexual como afecto básico se mantiene protegida de los impulsos dolorosos y agresivos.

Durante el período infantil más temprano la excitación sexual se presenta de manera difusa y asociada con la estimulación de las zonas erógenas; contrariamente al deseo erótico, el cual es considerado por Kernberg como un afecto más elaborado, específicamente dado en el contexto de una relación objetal y diferenciado desde el punto de vista cognitivo (Kernberg, 1995a p. 43). Al ampliar un poco más tales intelecciones, se dice que el deseo erótico tiene como rasgo fundamental la excitación sexual vinculada a un objeto en el ámbito del complejo edípico, correspondiéndose además con un deseo de fusión simbiótica y de unión genital con el mismo.

Al extrapolar los anteriores procesos y señalar la manera en que pueden expresarse durante la vida adulta, es válido afirmar que:

El anhelo de intimidad y estimulación física está vinculado al deseo de fusión simbólica con el objeto parental y a las formas más tempranas de identificación.

Los componentes agresivos son ingredientes complementarios de la búsqueda de fusión.

La búsqueda inconsciente del objeto edípico hace parte de cualquier vínculo amoroso normal y proporciona la corriente que moviliza los anhelos y la idealización del objeto amado.

Igualmente, el amor sexual maduro expande las fronteras del deseo erótico y deviene en una relación con una persona específica en la cual se combinan la activación de los vínculos inconscientes del pasado y las expectativas de una vida futura en pareja, con la puesta en marcha de un ideal del yo compartido (Kernberg, 1995a p. 44).

## **1.2 TERNURA Y EROTISMO**

La ternura como elemento propio del amor sexual maduro es descrito por Kernberg como un resultado de la integración de las representaciones libidinales y

eróticas, tanto del *self* (*yo como objeto catectizado libidinalmente*) y del objeto, junto a la capacidad para tolerar la ambivalencia que hace parte de todo vínculo (Kernberg,1995b p 72).

Bajo esta misma lógica, se entiende que en el desarrollo de la capacidad para el establecimiento de un vínculo de amor sexual maduro exista, por un lado, una tendencia regresiva que se moviliza por unos deseos de unión con el objeto deseado y el afán por regresar a un estado de fusión, aunque sea temporariamente, y a la unidad simbiótica que otrora existió en la relación ideal con la madre, junto con unas tendencias progresivas que propenden por la consolidación de las diferencias entre las representaciones del *self* y el objeto, y a la integración de las representaciones totalmente buenas y totalmente malas (Kernberg,1995b p 73).

En rigor, parece ser que las mencionadas tendencias regresivas se relacionan con los orígenes y naturaleza del deseo erótico, es decir, la excitación de las cavidades y superficies corporales, la idealización primitiva del cuerpo de la madre y del propio cuerpo, y el deseo de replicar los estados de satisfacción ideal con un objeto específico de amor. Ahora bien, las tendencias progresivas se vinculan más directamente con la capacidad de entablar una relación de intimidad psíquica con un objeto ya diferenciado, integrado y total.

Al integrar las contribuciones de M. Klein, D. W. Winnicott y M. Mahler, Kernberg relaciona tales tendencias progresivas del vínculo con una cristalización de las relaciones de objeto parciales en relaciones internalizadas totales hacia el final de la etapa de *separación-individuación*, que también coincidiría con las primeras manifestaciones de una constancia objetal y el inicio del complejo de Edipo (Kernberg,1995b p. 73). Como parte de tales procesos, la ternura implicaría el

desarrollo de la fusión de los impulsos agresivos con el amor en las relaciones de objeto tempranas, es decir, un predominio del vínculo erótico, y con ello el logro de una capacidad para sentir y expresar preocupación por el objeto de amor.

Bajo esta misma perspectiva, puede entenderse la idealización o sobrestimación sexual del objeto, de la que ya anteriormente hablaba Freud, pues la capacidad para la idealización madura sobre el objeto amado se produce a través, precisamente, de la neutralización de los aspectos malos u odiados del otro y la superación de la idealización más primitiva que mantienen escindidas ambas representaciones, a lo que debe sumársele el despliegue de mecanismos reparatorios que evidencian el desarrollo de una capacidad para preocuparse por el objeto y protegerlo de las propias tendencias agresivas.

Tales capacidades suelen expresarse en los vínculos amorosos de la vida adulta en hechos, tales como el reconocimiento del otro como un ser humano igual a uno mismo, en la identificación o empatía con el sufrimiento y la alegría del otro, y en sentimientos como la culpa y la compasión (Kernberg, 1995b p.75).

### **1.3 LA IDENTIFICACIÓN CON EL OTRO**

Al retomar el pensamiento de Balint, Kernberg puntualiza que una genuina relación amorosa debe incluir, además del deseo erótico y la ternura de la que ya se ha venido hablando, una forma especial de identificación con el otro, denominada *identificación genital*. Para Balint, la identificación genital es la expresión de la fusión en el amor genital de la satisfacción genital y de la ternura pregenital. La identificación genital dentro del vínculo amoroso expresa sentimientos, intereses, deseos y una sensibilidad por las carencias de la persona amada, llegando a ser tan importantes como las necesidades propias. La

identificación genital implica un proceso complejo en el cual quedan integradas la capacidad para la ternura y un deseo erótico que se alimenta de excitaciones tanto genitales como pregenitales.

Todo lo anterior se torna especialmente sensible a la observación al considerar el acto de la cópula o el encuentro sexual entre los amantes. Aquí los juegos sexuales preliminares pueden involucrar alguna clase de identificación con los objetos, reales o fantaseados, del otro género, siendo factible que las necesidades activas-pasivas, masoquistas-sádicas, exhibicionistas-voyeuristas se expresen y sean al mismo tiempo parte de una reconfirmación simultánea de la identidad sexual, y la identificación con la identidad complementaria del sexo opuesto (Kernberg,1995b p. 77)

Adicionalmente, durante el acto de la cópula la capacidad para identificarse con el propio rol sexual y con el rol sexual complementario de la pareja, se presenta como resultado de una integración sublimada de los componentes homosexuales y heterosexuales de la propia identidad. Acompañando la integración de la polaridad entre la identidad de género propia, la identificación genital durante el acto sexual y el orgasmo comporta también una fusión entre la polaridad amor-odio, y con ello la tolerancia de ciertas trasgresiones y agresiones, tanto al propio cuerpo como al cuerpo del otro. "...una relación sexual madura incluye algunos encuentros sexuales en los cuales el *partenaire* es utilizado como un 'puro objeto sexual'" (Kernberg,1995b p 78).

## 1.4 LA IDEALIZACIÓN

A la hora de presentar sus consideraciones respecto al papel de la idealización, Kernberg analiza las posturas de diferentes autores como Freud, Balint, David y Chasseguet-Smirgel.

Freud y Balint dicen que la idealización no ayuda al desarrollo de una forma satisfactoria de amor. Chasseguet, en cambio, habla de la proyección de un ideal del yo limitado y de una investidura narcisista del self como resultado de la gratificación sexual que procura el objeto amado. Kernberg parece coincidir con Chasseguet al considerar la idealización como una función de la relación amorosa madura (Kernberg, 1995b p 79).

Kernberg repite la idea tomada de Meltzer-&-Williams: la idealización temprana protege la disposición sexual hacia el objeto idealizado e impide que la excitación sexual sea desbordada por los impulsos agresivos.

Tomando como ejemplo los estados de enamoramiento, en los cuales la apreciación de estos fenómenos resulta más diáfana, afirma que la relación con un objeto exaltado tiene la capacidad de incrementar la investidura libidinal del self, puesto que el vínculo amoroso es capaz de reproducir una relación óptima entre el self y el ideal del yo, tal como solía existir durante la infancia temprana.

Como ya se ha visto, la idealización o sobrestimación del objeto corresponde, según Freud, a una transferencia de la libido narcisista originaria sobre el objeto, el cual suele ser elevado a la condición de ideal sexual por remitir a los objetos primordiales, que alguna vez repararon el desvalimiento y la dependencia del

infante. Dicho esto, Kernberg resalta que en el amor maduro, a diferencia de lo que ocurre en el enamoramiento adolescente, tiene lugar una proyección limitada de un ideal del yo moderado hacia el objeto de amor idealizado, por lo que la gratificación sexual que éste procura permite un realce simultáneo de la investidura narcisista (Kernberg, 1995b p. 79).

Al rastrear los orígenes de la idealización, Kernberg propone asumirla como una función de la relación amorosa madura que comprende un nivel de evolución mayor de los mecanismos a través de los cuales el niño transforma su moral en un sistema ético adulto. Entonces la idealización temprana del cuerpo materno, que hace parte de la génesis de la excitación sexual, y la figuración de ésta en la posterior idealización de una persona como objeto total, evolucionan hasta convertirse en la idealización de un sistema de valores, unos valores que también atañen a los ideales de la relación y el amor de pareja, y que por esta vía aseguran la capacidad para el enamoramiento romántico.

Los procesos de idealización, que se transforman paralelamente con el desarrollo de las relaciones de objeto y de las instancias yoicas, tienen como punto culminante el logro de una capacidad para la identificación con los valores del objeto o la persona amada, gracias a lo cual el vínculo de pareja puede trascender y transformarse en una relación congruente con los sistemas de valores socio-culturales.

Al relacionar la idealización con la excitación sexual y la ternura, resulta procedente afirmar que la idealización primitiva del cuerpo de la madre suele tener una función defensiva en contra de las agresiones fantaseadas también al interior del cuerpo de la madre.

En momentos más tardíos del desarrollo, la idealización ya puede ser expresada en el contexto de unas relaciones de objeto totales e integradas, por lo que se suma a las tendencias reparatorias, a la capacidad de experimentar culpa y preocupación por el objeto, trayendo como resultado la integración de la excitación y el deseo erótico con una visión idealizada del objeto amado.

### **1.5 EL COMPROMISO Y LA PASIÓN**

El último de los grandes procesos psíquicos que Kernberg disecciona en el vínculo amoroso maduro es *la pasión*. De acuerdo con su perspectiva, la pasión sexual en el vínculo amoroso constituye fundamentalmente un estado emocional que expresa un cruce de los límites del self, es decir, que la experiencia del orgasmo en el coito y la sensación de fusión corporal con el otro se acompañan de un afecto primitivo y extático que exige un abandono temporario de los límites self; ello ocurre a través de un mecanismo de identificación sofisticado con el objeto amado que garantiza, al mismo tiempo, la conservación del sentido de identidad propia. Según Kernberg, la pasión en el amor sexual maduro, descrita de esta manera, difiere del ánimo extático que caracteriza las relaciones durante el período de la adolescencia, pues la experiencia simultánea de fusión con el objeto y mantenimiento de una identidad separada hace posible el reconocimiento y la tolerancia de las imperfecciones del otro, junto a la aceptación de las frustraciones y anhelos irrealizables que al mismo tiempo comporta el compromiso total con un objeto amado (Kernberg, 1995b pp. 83-86).

El rasgo dinámico central de la pasión es la experiencia del orgasmo en el coito. La experiencia del orgasmo, como parte de una relación apasionada, expresa el mayor grado de compromiso psíquico entre los miembros de la pareja. En

palabras de Kernberg, el orgasmo integra un cruce entre los límites del self hacia la percatación de un funcionamiento que sobrepasa el control del propio self, lo que se ve acompañado de un cruce simultáneo de los límites por la identificación sofisticada con el objeto de amor, al tiempo que el sentido de identidad propia se conserva intacto (Kernberg,1995b p. 83). De igual manera, tiene lugar una identificación transitoria con la pareja sexual, en la cual la experiencia de sobrepasar los límites del propio self toma la forma de una fantasía que revive la unión con los progenitores durante la fase edípica.

El cruce de los límites del self en la experiencia orgásmica implica no sólo el cruce de las estructuras psíquicas sino también de las fronteras temporales. Así se entiende que el mundo de las relaciones objetales del pasado pueda ser trascendido y recreado personalmente en un nuevo mundo. A este respecto, Kernberg menciona que el orgasmo representa simbólicamente una experiencia de morir y el desafío de mantener un sentimiento de autoconciencia mientras se acepta en forma pasiva las respuestas neurovegetativas del proceso de excitación, satisfacción extática y descarga (Kernberg,1995b p. 83). Al cruzar los límites temporales del self, la pasión sexual representa simbólicamente la experiencia de morir.

Es cierto que, como parte de la experiencia de satisfacción durante el acto sexual con la persona amada e idealizada, se revive la fantasía extática de fusión e idealidad que en el pasado caracterizaban las relaciones de objeto primitivas, sin embargo, al mismo tiempo esta experiencia comporta riesgos para la integridad del propio self que deben ser aceptados y permitidos como parte del compromiso en la relación con el otro.

En relación con lo anterior, no existe riesgo más grande para el propio self que la aceptación y entrega pasiva al otro como parte de una unión deseada con el objeto de amor ideal. La aceptación de la experiencia de unión duplica la penetración violenta en el interior del cuerpo del otro; por lo tanto, supone el dominio de la confianza, la aceptación del peligro de perder la propia identidad y de liberar la agresión contra los objetos internos y externo.

En este sentido la corriente agresiva del vínculo y las fantasías de agredir y ser agredido también pueden ser incorporadas y toleradas como parte de la pasión sexual por el otro, motivo por el cual se tolera ser el objeto de dolor introducido por otro e identificarse con el objeto agresivo mientras al mismo tiempo se experimenta a sí mismo como su víctima, así puede tener lugar una sensación de unión a través del dolor que sirve como refuerzo a la fusión en el amor (Kernberg, 1995a p. 57).

Kernberg explica que la experiencia orgásmica implica una sensación de unicidad, no sólo en lo psíquico, sino también en los aspectos biológicos de la experiencia personal.

La pasión sexual “constituye un rasgo permanente de las relaciones amorosas, y no una expresión inicial o temporaria de la idealización "romántica" de la adolescencia y la adultez temprana; tiene la función de proporcionar intensidad, consolidación y renovación a las relaciones amorosas a lo largo de toda la vida, y procura permanencia a la excitación sexual, al vincularla a la experiencia humana total de la pareja” (Kernberg, 1995b p.92).

## 1.4 LA TRAMA TEÓRICA ALREDEDOR DEL AMOR

Al auscultar retrospectivamente la obra freudiana, así como algunas contribuciones post-freudianas, se encuentran proposiciones sobre el vínculo amoroso que permiten entenderlo como una forma particular de ligazón del yo con un objeto, en la cual intervienen una diversidad de dimensiones y elementos psíquicos, tales como las relaciones de objeto, el narcisismo, los recursos yoicos, las investiduras pulsionales, la organización erógena, y el sistema de ideales, entre otros.

Tomando como punto de partida aquella sentencia freudiana en la cual se afirma que el vínculo amoroso está referido a la relación de un yo-total con sus objetos, y si se considera además que el yo como estructura y sus objetos internalizados no se encuentran presentes desde el comienzo de la vida, entonces puede decirse que la capacidad para el amor tampoco existe desde el momento mismo del nacimiento, pues en este sentido dependen del desarrollo de las relaciones de objeto y de las estructuras yoicas.

No obstante, los antecedentes de la relación amorosa se hallan en las primeras manifestaciones de la excitación sexual, es decir, de la pulsión con su objeto autoerótico en el placer de órgano; excitación sexual inicialmente derivada del contacto con el pecho y las superficies de la piel en la interacción con la madre. El objeto externo aparece inicialmente para satisfacer las pulsiones de auto-conservación y progresivamente se irá erigiendo ante el yo primitivo como fuente de placer y de investidura.

En un comienzo, bajo el imperio del principio del placer, el yo busca incorporar en sí mismo todos los rasgos buenos y gratificantes, tanto los que vienen del mundo

exterior como los que provienen de su interior, haciendo coincidir todo lo bueno e ideal con el propio yo, mientras que los rasgos insatisfactorios, dolorosos o indiferentes coincidirían con el no-yo, es decir, con el mundo exterior. De ahí que pueda considerarse el amor por los objetos externos como resultante de una fase previa de narcisismo en la cual los rasgos ideales y amados corresponden con el propio yo.

A pesar de que posteriormente el amor propio pueda ser transferido a los objetos, los fundamentos de una relación en que el objeto corresponde con lo odiado o lo indiferente se mantienen, razón por la cual todo vínculo posterior con un objeto tenderá a mostrarse ambivalente, es decir, proclive a despertar simultáneamente estados afectivos opuestos como el amor y el odio. Entonces, para el desarrollo de una capacidad adulta para el amor se requiere de un vínculo de ternura y de una forma madura de idealización que soporte, y a la vez proteja la relación con el objeto de la corriente agresiva constitucional.

Si la capacidad para el amor depende, en igual medida, tanto del desarrollo yoico como del de las relaciones de objeto, resulta importante rastrear las particularidades de estas dos líneas de desarrollo a lo largo de la infancia y la adolescencia. Ahora bien, en este desarrollo de la capacidad para el amor, el complejo de Edipo aparece como uno de los momentos más determinantes, pues hace posible la aparición de las elecciones amorosas de objeto, a la vez que implica restricciones a la sexualidad, que modifican las condiciones y posibilidades de la ligazón amorosa, a la vez que empuja la consolidación de las instancias reguladoras del propio yo.

Por su parte, la adolescencia concretiza las posibilidades más importantes a la sexualidad humana: la capacidad para la satisfacción genital; el encuentro con el

objeto sexual, anticipado desde la primera infancia, pero que ahora reunirá las corrientes tierna y sensual, que tienden a separarse por la acción de la prohibición al incesto. Lo particular del proceso psíquico adolescente responde al hecho de que las nuevas capacidades genitales se despiertan todavía en el contexto de unas relaciones de objeto infantiles, soportadas en las figuras parentales, esto es, de naturaleza incestuosa. En consecuencia, por la presencia de este trasfondo surge un nuevo debate entre el deseo genital y la autoridad, surge la necesidad de romper con los vínculos infantiles parentales y de trasladar el deseo genital hacia nuevos objetos que escapen al tabú del incesto.

En vista de lo anterior, si se aspirara a realizar una síntesis teórica de las características del vínculo amoroso adolescente, ello implicaría el abordaje y articulación de, al menos, las dimensiones y procesos psíquicos antedichos. Habría que contar con las bases constitucionales de la sexualidad, la pulsión y sus componentes; con el desarrollo del yo, las relaciones de objeto y los fundamentos narcisistas del amor; así como con el complejo de Edipo; para terminar con las condiciones particulares de la adolescencia, la forma cómo sus conflictos determinan la capacidad para el amor, y la manera en que el amor contribuye en el proceso de la transición adolescente.

## 2. CONCEPTOS FREUDIANOS APLICADOS AL AMOR

Como acaba de verse, para esclarecer la teoría del amor en los planteamientos freudianos se hace necesario atender a ciertos presupuestos y elementos teóricos básicos que hacen parte de ella. Entre ellos cabe recordar aquella premisa esencial que apunta a los mismos orígenes psíquicos de la relación amorosa y que se encuentra en el ensayo “Pulsiones y destinos de pulsión”:

[...] “caemos en la cuenta de que los vínculos de amor y de odio no son aplicables a las relaciones de las pulsiones con sus objetos de satisfacción, sino que están reservados a la relación del yo-total con sus objetos [...]... Si no solemos decir que la pulsión sexual singular ama a su objeto, y en cambio hallamos que el uso más adecuado de la palabra amar se aplica al vínculo del yo con su objeto sexual...” (Freud, 1915b p. 132).

Se tratará entonces, a continuación de exponer, contextualizar y analizar tanto los elementos fundamentales, contenidos en las aserciones anteriores, como los indicados en el capítulo anterior; todos ellos tenidos en cuenta por Freud, al momento de explicar los orígenes y componentes del vínculo amoroso.

## 2.1 LA CONSTITUCIÓN PULSIONAL

No obstante, lo dicho sobre el vínculo amoroso propiamente dicho, antes de su conformación existe una relación con el objeto basada en las pulsiones sexuales, en las pulsiones de autoconservación, en el placer de órgano y en las aspiraciones sexuales parciales. Esto invita entonces a conocer un poco más acerca de la teoría de la pulsión en Freud, sus componentes, sus orígenes y fundamentalmente su papel como precursora de los vínculos futuros de amor del yo con sus objetos.

### 2.1.1 DEFINICIÓN DE LA PULSIÓN

La pulsión es reconocida como uno de los términos más ambiguos dentro de la teoría freudiana, fue definida de diversas maneras a lo largo de su obra. Así, por ejemplo, en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915b) se describe como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático; en *Lo inconsciente* (1915d) se la define tópicamente como representación inconsciente, que sólo podrá hacerse consciente a través de su agencia representante; mientras que en *La represión* (1915c) se articula con la agencia representante o grupo de representaciones con su correspondiente investidura de energía psíquica pulsional.

Las definiciones que revisten mayor utilidad son aquellas dadas en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905c) y *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915b), pues en estos textos se pone de manifiesto la relación de la pulsión con los procesos somáticos y su origen, anudado a las pulsiones de autoconservación.

En un comienzo se entiende la pulsión únicamente como la agencia representante psíquica que tiene como fuente los estímulos intrasomáticos; en oposición al concepto de estímulo cuya procedencia se encuentra en las excitaciones originadas en el mundo exterior. Dicho en otras palabras, la fuente a partir de la cual la pulsión se hace operativa está determinada, inicialmente, por los procesos de excitación al interior de un órgano y, al mismo tiempo, su meta inmediata consistiría en la cancelación de tal estímulo de órgano.

Como componentes de la pulsión Freud (1915b) relaciona y define cuatro aspectos conexos:

**1) el esfuerzo:** entendido como el factor motor, como la exigencia o el esfuerzo de trabajo que comporta la pulsión, es también el carácter esforzante universalmente propio de toda pulsión.

**2) La meta:** que es en todos los casos el logro de la satisfacción, alcanzada mediante la cancelación del estado de estimulación en la fuente pulsional; las formas en que puede completarse tal tarea son variables, por lo que es posible la existencia de múltiples metas más próximas o intermedias, o que se combinen y sustituyan unas por otras.

**3) La fuente:** considerada como aquel proceso somático en el interior de un órgano o parte del propio cuerpo cuya estimulación queda representada en la vida anímica por el estímulo pulsional.

**4) El objeto:** se distingue por ser el elemento más variable de la pulsión, que no guarda una relación original con ella, sino que más bien se le coordina como resultado de su capacidad para hacer posible la satisfacción; es, en síntesis, aquello en o por lo cual la pulsión puede alcanzar su meta. Por supuesto, es el objeto el elemento que representa un mayor grado de interés en el contexto del vínculo amoroso y aquel cuyas condiciones habrán de rastrearse en los momentos del desarrollo psicosexual planteados en la teoría de Freud.

### 2.1.2 LOS TIPOS DE PULSIÓN

De otro lado, los estudios realizados por Freud acerca de las neurosis, y particularmente del conflicto entre la sexualidad y el yo, le permiten plantear la distinción entre dos tipos fundamentales de pulsión, a saber, **las pulsiones de autoconservación** y **las pulsiones sexuales**, siendo estas últimas las protagonistas en el escenario de la sexualidad infantil. Las pulsiones sexuales son numerosas y tienen su génesis en múltiples fuentes orgánicas. Inicialmente funcionan de manera autónoma aspirando cada una a un placer de órgano independiente y sólo después, en lo que ha de constituirse como uno de los grandes hitos del desarrollo psicosexual, harán una síntesis para entrar al servicio de la reproducción. En su origen, las pulsiones sexuales aparecen apuntaladas en las pulsiones de autoconservación, de las que progresivamente se hacen independientes. Del mismo modo, ellas siguen los caminos indicados por las pulsiones yoicas para establecer su relación con el objeto de satisfacción.

### 2.1.3 HITOS EN EL DESARROLLO PULSIONAL

Todo lo dicho anteriormente permite dilucidar que la sexualidad no ocurre como un proceso espontáneo, sino como un recorrido de etapas sucesivas, aunque pueden

ser retomadas varias veces, que plantean alteraciones o modificaciones relevantes en el plano de las fuentes erógenas de la pulsión, sus aspiraciones o metas sexuales y, desde luego la relación con el objeto. En medio de estas disposiciones cambiantes, uno de los puntos de quiebre más decisivos en el desarrollo psicosexual temprano lo representa la ya mencionada subordinación de las pulsiones bajo la primacía genital, y en asocio con ella la emergencia de un objeto unificado que posibilite al yo la satisfacción tanto de las pulsiones de meta sexual directa como las pulsiones de meta inhibida o sublimada.

Al ahondar en las singularidades de la sexualidad pregenital, y especialmente en el vínculo posible entre las pulsiones parciales y sus objetos, el énfasis de Freud generalmente se inclina hacia las bases somáticas de tal relación, puesto que las pulsiones parciales se anudan originariamente a ciertas zonas particulares del cuerpo (zonas erógenas), que se constituyen como objetos de la pulsión mientras se apuntalan en funciones no sexuales como, por ejemplo, la alimentación o la excreción.

Si se toma como ejemplo el estadio oral de la pulsión sexual se encuentra como primer objeto identificable el pecho materno, debido a su papel en la satisfacción de las necesidades nutricias del lactante. Más tarde, en el acto del chupeteo que se emprende en ausencia del objeto (el pecho o la madre), los componentes eróticos que se satisfacen concomitantemente con la pulsión de auto conservación y el acto de mamar se hacen independientes, desligándose como consecuencia del objeto originario y sustituyéndolo por una parte del propio cuerpo.

La pulsión oral muestra con una nitidez especial la naturaleza somática del origen, los procesos de transformación de la pulsión sexual y las alteraciones de su relación con el objeto. Así se observa como primordialmente existe un objeto, pero

que no es objeto de las pulsiones sexuales sino de las pulsiones de auto conservación, pues satisface las necesidades de supervivencia del yo como organismo; en un segundo momento la experiencia de satisfacción hace ganar protagonismo al componente erótico y la pulsión sexual se independiza, tomando como objeto una parte del propio cuerpo, situación que corresponde con lo que Freud denomina como **autoerotismo**. Adicionalmente, a partir de este punto una de las principales metas del desarrollo será la permutación del objeto situado en el propio cuerpo por un objeto ajeno, el cual como rasgo básico debe ser un cuerpo total parecido al propio.

Cuando se ha logrado dejar el auto erotismo el objeto de satisfacción nuevo resulta ser, por regla general, similar o idéntico al primer objeto gratificante de la pulsión oral, cuya asunción tuvo lugar por la función de apuntalamiento; puede ser el pecho materno o la madre misma. De ahí que se aprecie a la madre como el primer objeto de amor para todos los sujetos, y que tal movimiento psíquico sea, más bien, el reencuentro con el objeto originario perdido.

## 2.2 NARCISISMO Y VÍNCULO AMOROSO

En apartados anteriores, se ha podido establecer que durante la prehistoria del amor se constituye una relación primordial entre las pulsiones de autoconservación, la pulsión sexual y el objeto de satisfacción. Cuando se profundiza en el vínculo de amor, tales cuestiones se complejizan todavía más, poniéndose de presente que dicho vínculo involucra además el desarrollo del yo como instancia psíquica, las relaciones de objeto, los vínculos de satisfacción y los de amor-odio. El avance de este análisis lleva también a introducir el concepto del narcisismo, sin el cual resulta imposible comprender la conceptualización psicoanalítica del amor y la integración de las instancias y dinámicas psíquicas que le son propias. El narcisismo, además, toma un lugar sobresaliente dentro del proceso de desarrollo, en cuanto forma de la sexualidad que sucede a la basada en pulsiones parciales autoeróticas, y en cuanto forma inicial de la relación de objeto propiamente dicha.

En este sentido, el narcisismo ocupa un lugar fundamental en el desarrollo de las relaciones de objeto y el establecimiento de vínculos amorosos. Según Freud, las elecciones de objeto se presentan como un progreso en el desarrollo libidinal, tras la existencia de un estadio narcisista original, y la génesis del vínculo amoroso toma como base una investidura originaria del propio yo y la capacidad para satisfacer, autoeróticamente, parte de sus pulsiones (Freud, 1915b p. 133).

Al igual que ocurre con muchos de los principales aportes freudianos a la conceptualización psicoanalítica, la teoría del narcisismo surge de sus experiencias clínicas y los nuevos retos que ésta propone a su comprensión de los fenómenos psíquicos. La naturaleza de los síntomas neuróticos (tanto en la

histeria como en la obsesión) ya habían mostrado el conflicto particular entre las aspiraciones de tipo sexual y los intereses yoicos, las cuales pueden entrar en una relación de oposición dando lugar a mecanismos defensivos, como la represión, y a que la satisfacción de las pulsiones sexuales deba realizarse por rodeos regresivos (Freud, 1915k conferencia 26°, p. 375); de igual manera, el esclarecimiento por vía analítica de estas neurosis de transferencia conduce a Freud al planteamiento de una situación básica en la que las pulsiones sexuales entran en conflicto con las pulsiones de autoconservación.

Ahora bien, el estudio clínico de otro tipo de casos como las psicosis, la homosexualidad y la melancolía, llevan a Freud a dilucidar, en *Introducción del narcisismo* (1914e), un estado aún más temprano en el desarrollo de la libido, anterior al establecimiento de toda elección de objeto; inicialmente, y tal como ha quedado plasmado en capítulos anteriores, Freud supo distinguir con claridad lo que denominó como fase del *autoerotismo*, en la cual la actividad sexual es responsabilidad de unas pulsiones parciales singulares que se procuran la satisfacción en el propio cuerpo; de otro lado, comprende que más adelante el desarrollo libidinal habrá de derivar en una síntesis de tales pulsiones parciales en la elección de un único objeto de amor o de satisfacción, y según él, bajo la primacía genital y al servicio de la reproducción (Freud, 1913e, p. 340).

Entonces bajo estos nuevos focos de interés que plantea su trabajo clínico, Freud propone e intercala un estadio intermedio de narcisismo en el que ya ha sido consumada una primera elección de objeto, pero el objeto aún coincide con el propio yo, es decir, se presenta como un estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto. En este sentido, el narcisismo estaría lejos de ser considerado únicamente como una perversión o parte de síntomas típicos de la psicosis, tales como los delirios de grandeza, la manía y la pérdida del vínculo, con la realidad,

para empezar a considerarse también como un estadio que tiene lugar en el desarrollo regular de todos los sujetos (Freud, 1914e, pp. 71-72).

Laplanche (1970, pp. 93-94) resalta el lugar particular ocupado por la teoría del narcisismo y las nuevas articulaciones que permite alcanzar a Freud en su conceptualización de la libido. Considera el narcisismo como un punto de estrechamiento, en el que se trasponen diferentes hilos teóricos que hasta entonces habían permanecido relativamente aislados e independientes en las propuestas freudianas: el punto de vista tópico y la teoría de las pulsiones, siendo este el motivo por el cual es viable considerarlo como un punto nodular y de confluencia de distintas líneas de pensamiento.

En concordancia con lo planteado por Laplanche, la teoría del narcisismo comporta ciertas tesis fundamentales, siendo importante en este punto recordarlas para comprender mejor las ideas freudianas.

1. El narcisismo es una catexización libidinal de uno mismo, un amor a sí mismo.
2. La catexización libidinal de uno mismo pasa en el hombre por una catexización libidinal del yo.
3. La catexización libidinal del yo es inseparable de la constitución misma del yo humano (Laplanche, 1970 p. 94).

### **2.2.1 LIBIDO YOICA Y LIBIDO DE OBJETO**

Tal como se ha clarificado, la teoría del narcisismo sirve como punto de articulación entre diferentes ejes teóricos, por lo que su conceptualización debe ser realizada cuidadosamente para evitar, en la medida de lo posible, las ambigüedades o confusiones. En asocio con el asunto del narcisismo se encuentra la teoría de la libido, y como parte de ella la distinción entre la libido del yo y la libido de objeto. En este contexto aparecen otras premisas, como aquellas que definen el yo como el gran reservorio de la libido a partir del cual se hacen posibles las catexias objetales, o aquellas que describen la manera en que se sacrifica y empobrece la libido del yo al investir los objetos. En vista de lo anterior, resulta imprescindible comenzar con algunas precisiones sobre tales términos.

De acuerdo con Laplanche, Freud inicialmente se empeñó en definir las pulsiones del yo como parte de las grandes funciones vitales encargadas de la autoconservación del individuo biológico, normalmente se las presenta como opuestas a la pulsión sexual en lo que resulta ser uno de los más conocidos dualismos de su teoría. Por otro lado, el término libido tiende a designar a la pulsión sexual bajo su aspecto energético, entonces al hablar de libido yoica o narcisista se refiere a una catexización sexual del objeto-yo, entrando en oposición con la libido de objeto, por medio de la cual se catexiza sexualmente el mundo exterior (Laplanche, 1970 p. 105)

Al abordar la libido narcisista como una investidura libidinal del propio yo, la propuesta de Freud ya no apunta tanto a la catexización libidinal primitiva del individuo biológico sino más bien al yo como una formación psíquica particular dada a partir del desarrollo. Según Laplanche, sería un objeto catexizado por la energía del aparato, que no es el sujeto en términos de la percepción o la consciencia, y tampoco el sujeto de deseo (Laplanche, 1970 p. 92). Si bien el narcisismo es reiteradamente presentado por Freud como el gran reservorio libidinal, a partir del cual se hace posible la investidura de los objetos, lo cierto es

que, en términos del desarrollo, la condición narcisista de la libido no existe como tal desde el comienzo, puesto que, si el yo de la manera anteriormente descrita se presenta como una formación dada por el desarrollo, el narcisismo por muy primitivo que sea tampoco existirá.

A pesar de que Freud habla de un narcisismo primario o primitivo, éste no existe desde el comienzo de la vida, pues es claro que en los estadios más tempranos del desarrollo no existe una unidad comparable al yo; para él lo más arcaico en el tema de la sexualidad son las pulsiones autoeróticas, que sí aparecen desde el primer momento, siendo entonces necesario la adición de un elemento nuevo al autoerotismo para que pueda construirse el narcisismo (Freud, 1914e, p. 74)

En correspondencia, esta libido yoica sólo se hace accesible al estudio y a la observación a través de su trasposición en libido de objeto, es decir, cuando se le ha dado un empleo psíquico en una investidura de los objetos sexuales. Según Freud, la dinámica y economía de la libido muestra como ésta normalmente se puede concentrar en los objetos, quedar fijada en ellos o también abandonarlos y retornar de nueva cuenta al yo, determinando así el quehacer sexual del individuo, es decir, los montos de excitación y la extinción temporaria de la libido que se ve implicada en toda satisfacción sexual (Freud, 1905c, p.198).

Entonces la relación entre libido yoica o narcisista y libido de objeto podría sintetizarse de la siguiente forma. Existe un estado originario de investidura libidinal del yo, la cual posteriormente es cedida a los objetos sexuales en procura de una ganancia de satisfacción, no obstante, la investidura libidinal narcisista persiste y se conserva en el trasfondo. Debido a la relación de oposición que predomina entre ellas, normalmente mientras más se gasta de una más se empobrece la otra; esto es evidente, por ejemplo, en la manera como en el

enamoramamiento se sacrifica la personalidad y los intereses propios en favor de la persona amada; contrariamente, los delirios de grandeza y fantasías persecutorias características de numerosos casos de psicosis, parecen develar un estancamiento en el estado narcisista que imposibilita la investidura de los objetos y el mundo exterior (Freud, 1914e, p. 74)

### **2.2.2 DESARROLLO DEL YO Y LAS POLARIDADES PSÍQUICAS**

De todo lo dicho anteriormente, queda claro que resulta imposible abordar el tema del narcisismo y las relaciones de objeto sin aludir, al mismo tiempo, a la instancia yoica, ya sea que se mire desde el punto de vista de la economía libidinal, desde el punto de vista de la autoconservación del individuo biológico o desde el punto de vista sexual, al considerarlo como un objeto psíquico catectizado libidinalmente

Para Freud es claro que el yo no existe desde el momento mismo del nacimiento, sino que debe formarse durante el proceso de desarrollo psicosexual; claro está que existen procesos y funciones relacionadas con lo biológico, lo somático y la autoconservación que sí se presenta desde los primeros momentos de vida y que aportarían las bases para su constitución. Tanto para Laplanche (1970, p. 100) como para Merea (1976, p. 18), las premisas que puede aportar el psicoanálisis al esclarecimiento de las bases constitucionales del sujeto, es decir, procesos como la formación del yo, el narcisismo primario, o la identificación primaria sólo pueden ser formulaciones hipotéticas o mitos teóricos, motivo por el cual su validez sólo puede ser deducida a través de la manera en que tales hechos logran expresarse en la vida psíquica posterior; no obstante, puede tomarse como punto de partida el hecho de que la configuración del yo, como instancia psíquica, y el desarrollo de las relaciones de objeto son procesos íntimamente ligados, existiendo momentos tan tempranos en los que es imposible establecer una oposición entre el yo y los objetos externos, e incluso resulta todavía imposible decir que el infante pueda

discriminar o diferenciar los estímulos que provienen del mundo exterior y los que provienen del propio cuerpo.

Resulta claro al estudiar los escritos freudianos que, de acuerdo a su lógica, en la actividad psíquica se expresan distintos pares de oposición o como él mismo los llama *polaridades psíquicas*, tales como sujeto-objeto, placer-displacer, amor-odio, activo-pasivo, y las ya mencionadas libido yoica y libido de objeto. Ahora bien, para rastrear los hilos más primitivos de la vida amorosa resulta especialmente significativa la oposición entre el sujeto y el objeto, que en su forma más arcaica sería equiparable a la oposición entre Yo y mundo exterior, la oposición placer-displacer, y por supuesto, la oposición entre amor-odio.

Tal como lo propone Freud, el narcisismo se presenta como una situación psíquica originaria en la que la distinción yo-objeto no existe como tal, pues en principio el yo se encuentra investido por pulsiones y es capaz, parcialmente, de satisfacer tales pulsiones en sí mismo; al mismo tiempo el mundo exterior y sus representantes carecen de interés sexual y son indiferentes para la satisfacción, ello significa que durante cierto tiempo el yo coincide plenamente con lo placentero mientras que el mundo exterior sería coincidente con lo indiferente, y cuando eventualmente se perciban como fuentes de estímulo, corresponderá con lo displacentero (Freud, 1915b p. 130).

Dicho en otros términos, durante estos primeros momentos del desarrollo lo primordial para el lactante son las sensaciones y las fuentes de excitación. Entre estas últimas los órganos corporales y la superficie de la piel se caracterizan por el envío permanente de sensaciones, mientras que otras fuentes como el pecho materno aparecen y son sustraídas de manera intermitente, siendo así como por primera vez se contrapone al yo un objeto que se encuentra en el exterior, y

únicamente mediante una acción psíquica específica, en este caso el llanto, el objeto puede ser recuperado (Freud, p. 68, cit por: Merea,1970 p. 17).

Al ir un paso más allá de la presencia o ausencia de sensaciones y de su constancia o intermitencia, y pensar también en las cualidades que ellas puedan presentar, se añade la polaridad *placer-displacer*. El *yo-realidad* que hasta entonces sólo discriminaba entre los estímulos internos y externos comienza a ser gobernado por el *principio de placer*, motivo por el cual las sensaciones empiezan a tener relevancia por los montos de gratificación o dolor que puedan transportar, ello significa que se muda en un *yo-placer* purificado que antepone el carácter del placer sobre cualquier otro (Freud, 1905, p. 130).

Teniendo en cuenta este nuevo gobierno del principio del placer y la manera en que los objetos aparecen ante el yo como resultado de las vivencias que propician las pulsiones de autoconservación, éste trata de expulsar y segregarse todas las sensaciones dolorosas o displacenteras, por tanto, durante un tiempo las experiencias relacionadas con tales estados tenderán a ser identificadas con el no-yo, es decir, con el mundo exterior y los objetos. En este mismo sentido puede afirmarse que en un extremo de la polaridad se encuentra el yo (sujeto), que coincidiría con el placer, mientras en el otro extremo se ubicaría un mundo exterior coincidente con el displacer (que es precedido por un estado de indiferencia); el objeto ingresa en esta etapa de narcisismo primario como resultado de reiterados encuentros patrocinados por la satisfacción de las necesidades biológicas, apareciendo en primera instancia como aquello que se diferencia del no-yo y, lógicamente, como representante del mundo exterior. Si se advierte que durante la fase de narcisismo el yo es el objeto amado, investido libidinalmente, sexualmente autosuficiente e identificado con lo placentero, mientras el mundo exterior y el no-yo es equiparable con el dolor, el displacer y aquello que se desea expulsar, no

resulta para nada ilógico que al hablar del objeto como algo que se opone al yo, termine coincidiendo inevitablemente para, este momento, con lo odiado.

Las anteriores afirmaciones no carecen de trascendencia y es a partir de ellas que Freud se permite establecer conclusiones importantes para su comprensión del vínculo amoroso y las relaciones de objeto, las cuales además habrán de servir de inspiración para los desarrollos teóricos de otros autores. En congruencia, Freud comprende que el odio, asumido como relación de objeto, es más antiguo que el amor, tiene su génesis en la repulsa primordial del yo narcisista hacia el mundo exterior como generador de estímulos; debido a que el odio por el objeto se relaciona con evitar aquello que se percibe como doloroso o amenazante, guarda una estrecha relación con las pulsiones de autoconservación, por lo que no resulta extraño que las pulsiones yoicas y las pulsiones sexuales puedan entrar en una oposición que también reproduce la oposición entre el amar y el odiar.

Asimismo, Freud considera que al estar el odio en el origen de todo vínculo del yo con sus objetos, no resulta extraño que con frecuencia los vínculos más tardíos de la vida amorosa se encuentren mezclados con mociones de odio hacia el mismo objeto, e incluso, podría explicar por qué en ciertos casos la interrupción del vínculo con un objeto de amor determinado puede hacer que éste se reemplace o sea mudado en odio (Freud, 1915b, pp. 133-134).

A esta altura surge entonces la pregunta, si la relación originaria del yo con sus objetos está sustentada en el odio, ¿cómo ésta puede transformarse en un vínculo amoroso y en una relación del yo con sus objetos de satisfacción?. Frente a esta pregunta sería lícito afirmar que, bajo el ya mencionado principio del placer, las experiencias de satisfacción y el apuntalamiento de la sexualidad en la gratificación de las necesidades biológicas (que promueven el encuentro de la

pulsión con su objeto) hacen que el objeto poco a poco se vaya imponiendo ante el yo como fuente de placer. Así las cosas, cuando el objeto es fuente de sensaciones placenteras se genera un impulso motriz que propende por su acercamiento e incorporación en el yo, mientras tanto, cuando éste mismo se percibe como generador de estímulos displacenteros la respuesta será alejarlo y aumentar su distancia respecto al yo.

Los objetos peligrosos y amenazantes que el yo desea evitar son al mismo tiempo deseados puesto que son fuentes también de sensaciones placenteras, todo lo cual se ve acompañado por experiencias displacenteras inseparables del propio yo que también se quisieran eliminar. Es así como en procura de hacerse con la satisfacción proveniente del objeto necesitado, el yo se ve forzado a neutralizar los aspectos amenazantes, displacenteros u odiados (Merea, 1976 pp. 17).

### **2.2.3 ELECCIÓN DE OBJETO, NARCISISMO Y VÍNCULO AMOROSO**

El narcisismo entendido como el amor a sí mismo o la complacencia sexual con el propio yo como objeto catectizado deja, como ya se ha especificado, de estar exclusivamente relacionado con los casos de psicosis, manía, delirios de grandeza y homosexualidad para pasar a ser considerado por Freud como un estadio universal en el desarrollo psicosexual de los sujetos. No obstante, tales afirmaciones, Freud también aclara que el desarrollo de las relaciones de objeto, la capacidad para el enamoramiento y el establecimiento de cualquier suerte de vínculo amoroso, sólo habrán de ser posible tras la superación y progreso del estadio narcisista, aunque por supuesto éste nunca se extingue completamente, sino que se conserva en el fondo.

La investidura del propio yo, la fijación de la libido en el propio cuerpo y en la propia persona, rasgos característicos del estadio narcisista, se presentan según Freud como la condición originaria sólo a partir de la cual fue posible un ulterior amor por el objeto (Freud, 1915k p. 378), ello además mediante la imposición progresiva que fueron haciendo los objetos ante el yo como fuentes de placer, y el esfuerzo motriz por acercarlos e incorporarlos. No obstante, el hecho de que los afanes de satisfacción queden centrados en los objetos representantes del mundo exterior, y que la libido yoica (o narcisista) deba ser sacrificada en favor del amor por el objeto, los cimientos narcisistas de la libido se conservan y la libido podrá retornar al yo cuando el vínculo con los objetos llegue a ser interrumpido.

Como bien se puede colegir, asuntos como la configuración de vínculos amorosos y las elecciones de objeto pueden ser entendidas a partir de la teoría de la libido y el narcisismo, de ahí la valía del recorrido hasta ahora realizado. En virtud de ello, Freud afirma que el enamoramiento puede ser considerado como una fase superior del desarrollo alcanzado por la libido de objeto, puesto que su principal característica parece ser el renunciamiento de la personalidad propia en favor de la investidura objetal, además atrae sobre sí gran parte del narcisismo que originalmente pertenece al yo (Freud, 1914e p. 74).

Todo vínculo de amor y toda relación de objeto afecta el equilibrio de la economía entre la libido yoica y la libido de objeto, puesto que mientras más se enriquece la una más se empobrece la otra, y ello obedece a que los sujetos únicamente disponen de ciertos montos de libido constante. De acuerdo con Laplanche (1970, p. 102) el capital libidinoso no es inagotable y cada quien puede invertirlo libremente, pero nadie puede invertir mucho más de lo que posee en sus propias reservas. Sin embargo, la relación entre ambas no muestra una simetría completa, por lo que sin importar lo fuerte que pueda ser la pasión amorosa o el sacrificio del

interés propio en favor del objeto, el yo siempre podrá conservar una cierta cantidad de energía mínima y permanente.

Si bien es cierto que el desarrollo libidinal y el establecimiento de las relaciones de objeto implican el abandono del narcisismo originario, tal como se expresó anteriormente, éste persiste y sigue manifestándose a lo largo de toda la vida, incluso muchas de las situaciones que se juzgan como ordinarias dentro de la vida psíquica de los sujetos expresan realmente el anhelo de recobrar la grandiosidad, la omnipotencia y la satisfacción del estadio narcisista infantil. Para complementar estas consideraciones, Freud afirma que el yo también se distancia de su narcisismo original al reconocer y vincularse, por vía identificatoria, con una figura parental idealizada que empieza a reconocerse como la portadora o modelo de los ideales a los cuales el yo actual desea aspirar. Dicho esto, cabe anotar que existen diversas maneras en las que el yo puede aproximarse a la restauración del gozo infantil por medio de la satisfacción de aspiraciones narcisistas. La primera de ellas es a través del cumplimiento de un ideal y la segunda se relaciona con las elecciones de objeto, cuando éstas se muestran acordes con el yo.

Para Freud las elecciones de objeto y el amor de objeto son acordes con el yo cuando, precisamente, permiten alguna forma de retribución narcisista y no entran en disputa con las aspiraciones o mecanismos del yo, tal como sí ocurre en los casos de neurosis. Cuando las elecciones quedan fundamentadas en un *modelo narcisista*, es decir, tomando el objeto con referencia a lo que uno mismo fue, es o desearía ser, el vínculo con el narcisismo infantil no resulta difícil de colegir, pues las necesidades y aspiraciones del yo en sus vínculos no se saciarían amando al objeto, sino más bien, la meta y la satisfacción estarían puestas en el *ser-amado* por el objeto; o bien como ocurre en el caso de la homosexualidad, en la cual la elección se hace según el modelo de la propia persona y buscándose a sí mismo como objeto de amor. (Freud, 1914e p. 85).

Por otra parte, los casos en que la elección de un objeto de amor se fundamenta en el modelo del *apuntalamiento anaclítico*, o sea, tomando como referencia a la mujer nutricia o al hombre protector (Freud, 1914e, p. 87) la restitución parcial del narcisismo en la relación no parece ser tan evidente, pues aquí se presenta una *sobrestimación* sexual del objeto que atrae sobre sí las reservas libidinales del yo. *La idealización o sobrestimación sexual del objeto*, que obedece a la transferencia del narcisismo originario sobre el objeto, en primera instancia trae como consecuencia una rebaja, un empobrecimiento del amor propio y el sacrificio de una parte importante del narcisismo; sin embargo, y muy a pesar de todas estas vicisitudes, el amor de objeto puede mostrarse también acorde con las aspiraciones del yo y los intereses narcisistas. En este mismo sentido, nos dice Freud que el amar como ansia, privación y necesidad del objeto, tiende a rebajar el sentimiento de sí o autoestima, mientras que *ser-amado* o poseer el objeto de amor específico tiene la capacidad de volver a aumentarla, es decir, que se hace factible por cualquiera de estas vías un *re-enriquecimiento del yo*, un retroceso de la libido invertida en el objeto y como resultado la figuración de un amor dichoso. Un amor dichoso actual que remite al estado primordial del narcisismo infantil, en el que la libido de objeto y del yo no eran diferenciables (Freud, 1914e p. 96).

Al trascender un poco más los presupuestos de las teorizaciones freudianas, Merea (1976, pp. 11-12) propone relativizar el dualismo y la polaridad planteada entre las elecciones de objeto del tipo narcisista y del tipo por apuntalamiento. Según él, por regla general, toda elección de objeto combina ambos modelos y ambas posibilidades, debido a que implica una dimensión constitutiva del propio sujeto (narcisismo) y una dimensión externa, vinculada a la serie pulsión de autoconservación-objeto-pulsión sexual, que remite a los objetos que reparan el estado de desvalimiento primordial y responden al modelo de apuntalamiento anaclítico. La oposición planteada por Freud entre los sujetos adscritos y que responde a cualquiera de estos dos modelos, dice Merea, no tiene que ser tan

radical, más bien existen distintos registros en la relaciones interpersonales y multiplicidad de combinaciones posibles; lo que según sus observaciones sí parece ser una constante es que la elección siempre conduce al reconocimiento del otro y al sentimiento de *no-yo*, llevando lógicamente a un alejamiento del narcisismo pero también comprometiendo una parte del sujeto para recibir la alteridad y las diferencias del objeto.

## **2.3 EL EDIPO: PRIMEROS AMORES Y RELACIONES OBJETALES**

### **2.3.1 DOS TIEMPOS DE LA SEXUALIDAD**

La concepción de Freud acerca del desarrollo de la sexualidad, sirve como fundamento para comprender la naturaleza de los vínculos amorosos. Dicho desarrollo resulta ser un proceso complejo y difícil de precisar, pues abarca dimensiones psíquicas muy diversas, por ejemplo, las elecciones tempranas de objeto, las transformaciones de la vida pulsional y la organización de las instancias yoicas. A pesar de ello, el punto fundamental, y que es declarado sin vacilaciones por Freud, consiste en que ninguna de tales dimensiones psíquicas alcanza su cierre definitivo o se establece de forma permanente durante el período de la primera infancia, ya que es, precisamente, la pubertad (adolescencia) aquella que aporta los elementos que faltan al niño para completar el proceso.

Cabe anotar que Freud inscribió en esta misma lógica la vida sexual y amorosa normal de los sujetos, tal como él la denominó (Freud, 1912c p. 174). En consecuencia, cualquier tentativa por comprender psicoanalíticamente el vínculo amoroso deberá siempre, por lo menos como punto de partida, estar referida a la historia subjetiva infantil y a los movimientos pulsionales y narcisistas que le son propios.

La teoría psicoanalítica se caracteriza, como es consabido, por el acento y el protagonismo que otorga a la sexualidad infantil dentro del proceso de organización psíquica, considerándola como determinante para la sexualidad y los vínculos amorosos de la vida adulta. Las investigaciones y el abordaje clínico realizado por Freud en sus pacientes neuróticos le permitieron rastrear el origen

de sus síntomas en la infancia temprana, y dilucidar su naturaleza sexual subyacente, así como identificar el efecto que las experiencias infantiles pueden tener en la vida posterior.

Una vez más Freud controvierte el pensamiento generalizado de su época al tratar este tema; disuelve la relación que hasta entonces se pensaba intrínseca entre la sexualidad y la genitalidad, de la misma manera como ya había reformulado la relación entre la conciencia y el psiquismo, planteando la existencia de elementos psíquicos fuera del plano consciente. Reconoce entonces la existencia de componentes sexuales que no pertenecen o no se determinan por la genitalidad (Freud, 1915k p. 293), sino que están adscritos al acaecer psíquico infantil. No obstante, a pesar del énfasis puesto en las experiencias sexuales de la infancia temprana, este período se comporta más bien como un modelo prototípico o una primera aproximación a lo que habrá de ser la sexualidad y las relaciones adultas, constituyéndose así en el inicio de un proceso que sólo habrá de ser completado durante la adolescencia.

La relación entre los procesos psíquicos infantiles y los de la adolescencia, es presentada por Freud como un desarrollo sexual de dos tiempos, y aparece nombrado de tal forma en escritos tan tempranos como los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905c). Allí, refiriéndose al tema de las elecciones de objeto y la sexualidad, afirma que sólo con el advenimiento de la pubertad (adolescencia) se consuma el hallazgo del verdadero objeto sexual, sin embargo, es un objeto que ya se ha consumado desde la primera infancia (Freud, 1905c pp. 202-203); también afirma que dicho objeto, en su forma más arcaica, remite a las primeras experiencias de satisfacción cuando aún se conectaban con la nutrición y la supervivencia. Significa esto que durante el período infantil se anticipa una elección del objeto sexual como la que se supone típica de la adolescencia.

Las anteriores proposiciones han traspasado incluso los linderos de la teorización freudiana, manteniéndose en las propuestas de otras figuras notables del psicoanálisis. Por ejemplo, Anna Freud (1935) consigna que para el psicoanálisis la vida sexual humana brota en dos tiempos; según ella el primer período de la sexualidad se inicia durante la primera infancia, incluso en el primer año de vida, momento en el cual los instintos parciales y los componentes de la organización sexual atraviesan diferentes fases pregenitales, siendo incluso determinantes en la capacidad o incapacidad del individuo para el establecimiento de vínculos amorosos; igualmente estima que la pubertad (adolescencia) es el segundo gran momento de la sexualidad, y la define como una recapitulación del primer período sexual infantil.

Pero retornemos a Freud. De acuerdo con él, la organización sexual es el resultado de un proceso cuyos antecedentes, álgidas expresiones, y consecuencias, se encuentran tanto en el período de la infancia temprana como durante la adolescencia. Según él, ya desde el tercer año de vida la sexualidad comienza a mostrar las similitudes que guarda con la del adulto, se observa en el niño un amor hacia aquellas figuras que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades. Adicionalmente, la interacción con ellas proporciona una fuente constante de excitaciones que se apoyan en las zonas erógenas y que tiene un marcado carácter sexual (Freud, 1905c p. 203). A pesar de ello, la sexualidad infantil se caracteriza por un protagonismo de las pulsiones parciales, condición que Freud nombra como pregenitalidad, por cuanto carece del principal rasgo atribuido a la sexualidad adulta, a saber, una organización sólida bajo el primado de los genitales. La pregenitalidad empuja a la satisfacción de cada pulsión de manera aislada y con objetos diversos, sin coincidir en un solo (Freud, 1915 p. 297). En contraste, la sexualidad de la pubertad (adolescencia) se constituye en torno a los genitales como zona erógena regente, reúne las pulsiones parciales en un mismo objeto y las subordina o pone a cooperar por el logro de una misma meta sexual.

### 2.3.2 LAS TEORÍAS FREUDIANAS ACERCA DEL EDIPO

Al ponderar los dos grandes momentos de la organización sexual, la primera infancia y la adolescencia, en función de la relación de objeto, se torna clave la consideración del complejo de Edipo, pues éste aparece precisamente en el momento en que el desarrollo infantil alcanza la mayor prefiguración posible de los vínculos y conflictos que habrán de ser retomados y reactivados más tarde, durante la adolescencia

Establecer una definición precisa y unívoca del complejo de Edipo en la obra freudiana resulta ser un empeño bastante laborioso, ello debido a: 1) la complejidad propia del concepto mismo, que se relaciona con dimensiones fundamentales del desarrollo psíquico; 2) la multiplicidad de definiciones y enfoques que pone Freud a lo largo de su obra; 3) la falta de una sistematización del concepto que obliga a que su rastreo deba realizarse a través de apariciones aisladas y en un vasto número de escritos.

Por estas razones, para reconstruir la manera cómo la concepción del complejo de Edipo hace su aparición y se desarrolla en la obra freudiana, nos hemos ayudado con el escrito "El complejo de Edipo: ni fase ni estructura", en donde el profesor Fernández (2013) presenta las etapas de la conceptualización freudiana acerca del tema, adelanta delimitaciones y precisa múltiples procesos que hacen parte de dicho complejo; aportes que resultan valiosos para el análisis y entendimiento del vínculo amoroso, la identificación y la adolescencia.

En la historia del pensamiento freudiano, la primera introducción pública del Edipo se encuentra en *La interpretación de los sueños* (1898b), en donde Freud, luego de recordar sucintamente los hechos de la tragedia griega en la que la voluntad de los dioses llevan a Edipo al trágico destino de perpetrar el asesinato de su padre (Layo) y desposar a su propia madre (Yocasta), subraya que el punto crucial para el psicoanálisis es la turbación interior que tales hechos, de tiempos tan distantes, suelen producir en los hombres modernos, lo que parece relacionarse con un deseo subjetivo de la primera infancia y con un destino, al que parece imposible oponerse, de dirigir las primeras mociones sexuales hacia la madre y el primer odio o deseo violento al padre (Freud, 1898b p. 271)

Gracias a las pesquisas de su propio autoanálisis, a los hallazgos que desde su experiencia clínica le permiten profundizar en la etiología de las psiconeurosis, Freud observa que durante el complejo de Edipo, antes del período de latencia, el niño revela un deseo de exclusividad hacia su madre, quien se ha convertido en el objeto depositario de sus intereses sensuales y tiernos, en razón de las atenciones prestadas por ella a sus estados de necesidad o desvalimiento. Así, no resulta extraño advertir en el niño expresiones verbales de sus sentimientos, prometiendo a la madre casarse con ella, mostrando al mismo tiempo curiosidad sexual hacia ella e intentos de seducción. Igualmente, se despierta en él el egoísmo, rechazando la posibilidad de compartir las prerrogativas del vínculo materno con cualquier otra persona, y en este mismo sentido la presencia del padre se convierte para él en un motivo de enfado y molestia, sobre todo cuando aquel manifiesta alguna clase de ternura hacia la madre, por lo que su ausencia no puede más que ser sentida como un alivio (Freud, 1915k p. 303) Lo anterior más que una definición acabada es, más bien, una descripción básica que sirve como punto de partida y para tener una idea preliminar de las tendencias y conflictos edípicos, pues, como se verá más adelante, la evolución de los estudios freudianos va enfatizando, reinterpretando y añadiendo elementos nuevos en la manera de concebir este complejo.

Así pues, el descubrimiento del complejo de Edipo se remonta al año de 1897, a través del desciframiento de sueños, como parte del autoanálisis emprendido por Freud en aquella época. Pudo así el inventor del psicoanálisis identificar en sus propias vivencias infantiles una suerte de enamoramiento hacia su madre acompañado de celos hacia su padre (Carta a Fliess 15 oct. 1897); un conjunto de sentimientos que parecían de ocurrencia universal en la infancia temprana (Fernández, 2013 p. 2). No obstante, en este momento de su descubrimiento Freud hacía, más bien, referencia a una similitud de mociones inconscientes que estarían presentes en los lectores de la tragedia y en la historia trágica narrada por Sófocles. Se requerirá una mayor profundización de la investigación para que Freud reevalúe la importancia de estos contenidos psíquicos y los eleve a la condición de “complejo psíquico nuclear”. Durante este primer tiempo de la obra freudiana el Edipo es considerado como un contenido fantasmático, puesto que se asocia de manera estrecha con la actividad de fantaseo del niño y con unas disposiciones sexuales previamente constituidas.

Un poco más tarde, la evolución de la teorización freudiana descubrirá en este complejo el fundamento de las relaciones de objeto. La reiterada aparición de estas fantasías edípicas en las historias y elaboraciones de sus pacientes harán de ellas un asunto cada vez más determinante, descubriendo en ellas la capacidad de expresarse y traer consecuencias psíquicas duraderas para la vida adulta. A partir de entonces se empezará a asumir, más bien como, un complejo psíquico, entendido como una aglomeración de representaciones o círculos de pensamiento e interés dotados de poder afectivo, siendo además portador de una carga relacional capaz de determinar una postura psíquica del niño frente a los demás, y como parte de tal carga relacional, tanto madres como padres se convertirán en prototipos o imagos para la posterior vida relacional del sujeto (Fernández, 2013 p. 6).

En este segundo momento de la teorización, el Edipo pasa entonces de contenido fantasmático a ser un complejo psíquico. Adicionalmente se lo fundamenta tanto en la prehistoria individual como colectiva en cuanto núcleo mismo del inconsciente. Así mismo, al ampliar Freud su comprensión de las neurosis, particularmente de la neurosis obsesiva, asumirá el Edipo más específicamente como un complejo paterno.

En un comienzo el padre tenía un lugar en el complejo de Edipo únicamente como rival y objeto de los deseos hostiles parricidas del niño; ahora, gracias a este nuevo enfoque del Edipo como complejo paterno, se resalta la importancia de dicha figura paterna como modelo identificatorio y, adicionalmente, como objeto sobre el cual también recae una investidura libidinal de naturaleza ambivalente.

En un tercer momento de la conceptualización freudiana, el papel principal empieza a recaer en la articulación entre el complejo de Edipo y la identificación; esencialmente la identificación con el padre (Fernández, 2013 p. 7). Gracias a las reflexiones contenidas en *Duelo y Melancolía* (1915g), *Psicología de las masas* (1920g), *El yo y el ello* (1923a) y las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932b), se relaciona el complejo de Edipo con el desarrollo de las instancias yoicas a través de procesos identificatorios. Esta nueva perspectiva descubrirá que paralelamente al odio y la molestia experimentada con el padre, existen un vínculo libidinal y un interés por él como ideal, debido a los cuales el niño mostrará una aspiración por crecer y ser como él.

Sobre la base de la identificación como una forma primordial de vínculo con el otro, Freud esclarece el origen o la preparación del conflicto edípico. Así las cosas, la identificación inicialmente, como forma de vínculo primordial con la figura

paterna, corre paralela a la investidura libidinal con la madre (erigida como objeto según el modelo de apuntalamiento anaclítico). Durante cierto tiempo ambas tendencias coexisten sin perturbarse entre sí, hasta que por las integraciones psíquicas propias del desarrollo derivan en una confluencia conflictiva. Este sería el origen del Edipo que Freud denomina normal, es decir, del momento en el que el niño empieza a percibir al padre como un obstáculo frente a las aspiraciones libidinales, por lo que el vínculo identificatorio se tiñe de hostilidad y ahora se desea ser como el padre, pero más bien para desplazarlo y ocupar su lugar ante la madre (Freud, 1920g p. 99). La relación identificatoria se vuelve así especialmente conflictiva con el advenimiento del Edipo, y la ambivalencia hacia el padre, la combinación de rasgos de ternura y deseos de eliminación, llega a ser un rasgo fundamental.

Las anteriores ampliaciones son muy importantes para la conceptualización del Edipo, por cuanto aclaran las tendencias y entrecruzamientos que definen su estructura y funcionamiento (Fernández, 2013 p. 8). De este modo, de la definición simple anteriormente mencionada, pasa Freud a una versión más completa o doble del Edipo (positiva y negativa). En este sentido, y tomando como ejemplo el caso del varón, ya no solamente se adscribe al Edipo una disposición libidinal ambivalente hacia el padre acompañada de los intereses libidinales hacia la madre, sino que simultáneamente se presenta una disposición femenina; el niño se comporta como una niña, se muestra tierno hacia el padre con la correspondiente hostilidad y celos hacia la madre (Freud, 1923a pp. 34-35).

Las anteriores aserciones acarrear consecuencias trascendentales, no sólo para la conceptualización del complejo edípico sino también para la teoría misma de la sexualidad. Por este camino Freud llega a una noción menos interaccionista y biológica del complejo de Edipo y a una nueva justificación de la bisexualidad constitutiva de todo ser humano. Ello significa que la orientación sexual tanto del

niño como de la niña no han sido pre-definidas biológicamente, sino que la expresión concomitante de inclinaciones homosexuales y heterosexuales es una consecuencia misma de la doble determinación edípica (positiva y negativa) (Fernández, 2013 p. 8).

Finalmente, en un cuarto desarrollo histórico de la teoría del Edipo, el lugar principal pasa a estar ocupado por el Complejo de Castración, por la función de éste en la declinación o sepultamiento de aquel, y como parte de este proceso, por los efectos psíquicos duraderos y estructurantes que se generan por esta “clausura”. Con esta pregunta sobre la manera como finaliza el drama edípico, estará ocupado Freud por este tiempo, a través de textos como *La organización genital infantil* (1923b), *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924b), y *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925e).

Este nuevo enfoque de la declinación de los procesos edípicos trae aparejada la atribución al “complejo de castración” de una de las interdicciones más paradigmáticas de la sexualidad humana. Por lo mismo, cabe advertir que el complejo de castración no opera como prohibición de la sexualidad en general, sino de la expresión particular que ella toma durante el Edipo, es decir, de las aspiraciones de satisfacción con los objetos incestuosos. Además, la importancia del complejo de castración para el declive edípico queda resaltada si se tiene en cuenta que éste hace posible no solamente el abandono y desmonte de las corrientes sexuales del Edipo positivo sino también del Edipo negativo. En consecuencia, se espera que la declinación del Edipo concluya tanto con una primera definición del objeto de amor (u objeto sexual) como con una identificación o elección de la identidad sexual.

La “superación” del complejo de Edipo resulta esencial para el proceso de organización psicosexual, por cuanto representa la posibilidad de nuevos vínculos que reparen la prolongada dependencia infantil, los deseos de exclusividad y los impulsos parricidas, y eviten el desbordamiento de los deseos sexuales. También, y paradójicamente, termina consolidándose como un prototipo inconsciente para las relaciones intersubjetivas de la vida adulta (Fernández, 2013 p. 20). No obstante, el Edipo en sí mismo no es estructurante, pues sólo adquiere tal capacidad a partir de su disolución o sepultamiento; es la acción represiva sobre los impulsos incestuosos y parricidas la que trae como resultado, en última instancia, la restricción del anhelo de goce absoluto, indispensable para la configuración de los lazos socio-culturales.

En consecuencia, Freud piensa que el complejo de Edipo está, desde un principio, destinado al fracaso; tan natural como es su aparición lo es también su declinación, debido a que existe una imposibilidad interna para la conclusión exitosa de los intereses edípicos del niño, que siempre terminarán en frustración (Freud, 1924d p. 182).

En el mismo orden de ideas Kaplan (2004 p. 184), considera que el drama edípico siempre habrá de terminar con una derrota, pues las reacciones coercitivas que frente a él se instauran no dosifican ni aplazan la satisfacción, sino que, por primera vez en la historia del sujeto, el deseo queda completamente prohibido. De igual manera esta psicoanalista estima que existe una realidad biológica que aporta una cuota al fracaso de las inclinaciones edípicas; tarde o temprano el niño deberá aceptar el obstáculo que representa su pequeño e inmaduro cuerpo para acceder a las satisfacciones anheladas, tanto para acceder a su objeto de amor incestuoso como para derrotar y desplazar a su rival.

## 2.4 MIRADA A LOS APORTES FREUDIANOS

En este punto de la exposición, se puede decir que se han dilucidado algunos de los conceptos más importantes con los que Freud explica el origen y las características del vínculo amoroso.

La comprensión de las concepciones referentes a las bases constitucionales del amor, sus cimientos pulsionales, su determinación por el yo y el narcisismo y el complejo de Edipo permite hacer algunas puntualizaciones esenciales.

La capacidad del yo para establecer una relación de amor con un objeto debe aparecer como parte del proceso del desarrollo, pues no existe desde el comienzo una estructura psíquica equivalente al yo. En el origen de tal capacidad se encuentra la relación de la pulsión con sus objetos, siendo ésta una mera satisfacción de un placer de órgano, pues no es viable afirmar que la pulsión sexual ame u odie a sus objetos.

El amor por el objeto sólo es posible a partir de un estado narcisista inicial en el cual el propio yo se encuentra investido por grandes montos de libido, al tiempo que los objetos son prescindibles para la satisfacción, pues impera una sexualidad de tipo auto-erótico. Una de las tareas más importantes en el desarrollo de las relaciones de objeto consiste en abandonar el narcisismo primitivo, como estado ideal del yo, y en adquirir una capacidad para investir, interesarse sexualmente en los objetos del mundo exterior y obtener con ellos nuevas formas de satisfacción.

Por consiguiente, se dice que el vínculo amoroso responde a una transferencia del narcisismo originario sobre el objeto. Debido a la oposición entre la libido yoica y la libido de objeto, la investidura libidinal del objeto, necesaria para la relación amorosa implica, al mismo tiempo, la pérdida de la investidura narcisista del propio yo. Sin embargo, el yo puede recuperar la libido invertida en la relación con el objeto, cuando se siente amado por éste o cuando posee el objeto sexual idealizado.

El amor aparece de distintas formas durante el desarrollo sexual e interviene de diversas maneras en los conflictos propios de cada fase de la organización psíquica. Desde el momento mismo que surge el deseo y la sexualidad existe un debate con la autoridad, inicialmente llevado a cabo con las figuras paternas y luego con las estructuras psíquicas reguladoras. Muestra de ello son las restricciones impuestas al lactante en sus satisfacciones al pecho y luego con el destete, o también las prohibiciones que comporta la educación de la analidad y la manipulación de las heces. En este orden de ideas, el complejo de Edipo resulta ser un momento álgido de ese debate entre el deseo y la autoridad, al tiempo que constituye el momento en que los vínculos infantiles alcanzan la mayor similitud con los que habrán de conformarse durante la vida adulta.

Durante el período edípico las aspiraciones narcisistas se expresan en el deseo de amor exclusivo hacia la figura parental amada, junto al rechazo y deseo de eliminar al rival, con quien se debe compartir el amor del objeto. Empero el complejo de Edipo está desde un principio destinado al fracaso, habida cuenta de la naturaleza incestuosa del amor edípico, del temor de la castración por parte de la figura rival (con quien el niño se identifica), y de la inmadurez física y psicológica de éste, que limitan tanto la satisfacción plena del deseo por el objeto como la posibilidad de derrotar al rival. Como resultado del sepultamiento de Edipo, se espera la instauración de la prohibición del incesto como ley fundamental que

regulará las elecciones de objeto futuras y la consolidación del superyó como instancia psíquica auto-reguladora. Luego de esto, sobreviene un período de latencia en el que la intensidad de las aspiraciones sexuales se atempera y el conflicto del deseo contra la autoridad se suspende, para ser reactivado nuevamente con el advenimiento del período adolescente.

### 3. LA COMPRENSIÓN DE LA ADOLESCENCIA

Manteniendo el propósito de ampliar la comprensión de las modalidades de las relaciones amorosas adolescentes, se tratará en el presente capítulo de determinar los parámetros concernientes a las transformaciones y a los estados psíquicos vinculados con este momento del desarrollo. De este modo se espera determinar cuáles son las condiciones psíquicas que posibilitan y determinan dichos vínculos.

De acuerdo con la estrategia adoptada en el presente trabajo, se hará énfasis en los planteamientos de Freud; lo cual no impide que se acuda también a otras teorizaciones psicoanalíticas más contemporáneas. Estas incursiones en algunos autores post-freudianos que se han distinguido por sus contribuciones al estudio de la adolescencia resultan muy útiles, por cuanto ellas permiten, *a posteriori*, una relectura más profunda de dichos antecedentes teóricos freudianos, así como el acceso a ejemplos de contextualización y aplicación.

Algunos de los escritos de Freud ya tratados dejan entrever ciertas ideas acerca de las características típicas del período adolescente. Entre ellas se destacan: el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios y la primacía de la sexualidad genital, y como consecuencia de éstas, la necesidad del desasimiento de los vínculos infantiles con las figuras parentales. Como resultado de esto suelen aparecer conflictos a nivel pulsional, por las nuevas formas de excitación que se deben tramitar; a nivel de las relaciones de objeto, pues ahora con más fuerza que nunca debe hacerse operativa la prohibición del incesto; y a nivel de los cimientos

narcisistas del yo, puesto que el desasimiento también implica el abandono de los padres como apoyo yoico y referentes de la idealidad infantil.

Queda claro también, a partir de lo dicho en el capítulo anterior, que las relaciones de objeto, el yo y el narcisismo, que entran en crisis durante la adolescencia, son los componentes fundamentales para la capacidad de establecer un vínculo amoroso. Igualmente, queda clara la necesidad de analizar el desarrollo de estas mismas dimensiones psíquicas durante el proceso de transición adolescente, y posteriormente esclarecer cómo se ponen en juego en el contexto de una relación amorosa.

Ahora bien, a la hora de esclarecer las principales formulaciones de Freud entorno a la adolescencia, una de las primeras dificultades que se presenta, al igual que ocurre con el tema del complejo de Edipo, se relaciona con la no existencia en la obra freudiana de un escrito que aborde de manera cabal y sistemática el asunto. El tratamiento de la adolescencia es incluso mucho más precario que el del Edipo, por cuanto, en lugar de cortos desarrollos sobre la materia se encuentran más bien breves alusiones, repartidas también en diversos escritos, durante diferentes épocas y, en muchas ocasiones, apoyando argumentaciones acerca de otros tópicos, como por ejemplo, la etiología de las neurosis o la teoría de la sexualidad.

Frente a estas dificultades resulta de nuevo útil otro estudio del profesor Fernández, titulado “La adolescencia en la obra freudiana” (Fernández-&-Moreno, 2013), el cual esclarece asuntos como los orígenes del concepto de adolescencia en la teoría psicoanalítica, la multiplicidad de términos utilizados por Freud y sus traductores, y la evolución del concepto mismo en los diversos momentos de la obra.

El escrito citado recuerda que Freud, pese a estar profundamente influido por la perspectiva médica y el pensamiento psiquiátrico de finales del siglo XIX, hace una propuesta respecto a la adolescencia que se muestra, desde un principio, innovadora y bien diferenciada de la de otros teóricos representativos de su época. Los empeños de Freud por resignificar la naturaleza de la sexualidad humana, y por relacionarla con la vida psíquica infantil y los síntomas neuróticos, traen aparejados una transformación en la concepción imperante con relación a la adolescencia, puesto que desde su nueva perspectiva empezará a ser asumida como un momento de reactivación, tras el período de latencia, de la actividad libidinal y de las vivencias edípicas. En consecuencia, la adolescencia comienza a relacionarse también con ciertas tareas indispensables en el desarrollo de la sexualidad, tales como el abandono de las aspiraciones incestuosas y el hallazgo de un nuevo objeto acorde con las prohibiciones pero que permita expresar la sexualidad genital (Fernández-&Moreno, 2013 p. 6).

### **3.1 ADOLESCENCIA, PSICONEUROSIS Y A POSTERIORI**

Las diferentes definiciones, usos y desarrollos hechos por Freud con respecto a la adolescencia, pueden agruparse en tres momentos (Fernández, 2013), distinguidos por sus desarrollos y focos de interés particulares, y que darán lugar, en años posteriores, a diferentes propuestas de otros teóricos del psicoanálisis.

El primero de tales momentos del pensamiento freudiano, durante la década de 1890, se relaciona con el papel de la sexualidad en el desencadenamiento de ciertas alteraciones psíquicas. Para Freud resultaba llamativa la relación entre ciertas prácticas sexuales adolescentes, tal es el caso de la masturbación excesiva o el *coitos interruptus*, y las neurosis actuales, como él las denominaba. Empero, al refinarse la idea de una sexualidad como factor de predisposición, estas neurosis quedaron unificadas con las psiconeurosis bajo factores etiológicos

comunes, más relacionados estos con una supuesta toxicidad de la sexualidad, generadora de angustia en razón de su falta de elaboración psíquica.

Entonces, de acuerdo con estas primeras clarificaciones respecto a las afecciones neuróticas, la adolescencia cumpliría más bien un papel análogo al de los factores ocasionadores o desencadenantes, es decir, al de aquellas vivencias auxiliares que facilitarían la manifestación de una predisposición arraigada desde la infancia temprana (Fernández-&Moreno, 2013 p. 09). En efecto, la adolescencia se vincula con el origen y el desencadenamiento de las neurosis, por cuanto se considera que implica una exacerbación de la sexualidad o un empuje nuevo que durante el período infantil estaba ausente. Empero, el problema real sería más bien la inmadurez psíquica que dificultaría la tramitación de las excitaciones y descargas somáticas.

Ahora bien, la evolución del modelo explicativo de las neurosis de defensa, junto a las nuevas maneras de relacionar las experiencias pasadas y actuales como factores etiológicos, conduce a Freud al modelo del *desprendimiento sexual retroactivo y traumático*, y con ello a una visión diferente de la adolescencia. Desde esta nueva perspectiva, la madurez sexual que anuncia la llegada de la pubertad aportará las condiciones propicias para la resignificación de los recuerdos de vivencias pasadas y para la producción de efectos que desbordan los recursos psíquicos actuales. Esta retroactividad se relaciona con un movimiento no sólo temporal, sino también de ligazón de representaciones por medio del cual las vivencias infantiles pueden ser reactivadas en el presente, cuando les es aportada una nueva cualidad sexual que anteriormente les faltaba. En concreto, esta reactivación haría parte de procesos de descarga, desprendimiento sexual, significación e investidura de experiencias pasadas (Fernández-&Moreno, 2013 p.13).

Así las cosas, al relacionar las experiencias particulares de la adolescencia con la emergencia de los síntomas histéricos, Freud afirma que todo sujeto posee huellas mnémicas que únicamente podrán ser comprendidas a través de las sensaciones sexuales propias de tal período. Igualmente, reconoce que el mecanismo de la represión, que caracteriza los casos de histeria, se torna nocivo al dirigirse contra representaciones (recuerdos) que pueden desprender un displacer nuevo. Tal represión sólo puede producirse si dicho recuerdo produce un desprendimiento más intenso del que en su momento pudo haber tenido la vivencia correspondiente, es decir, se presente con un efecto retardado. En síntesis, la adolescencia vendría entonces a interpolarse entre la vivencia infantil de naturaleza sexual-presexual y la repetición de su representación en el recuerdo actual, acrecentando así los efectos de la experiencia infantil originaria (Fernández-&-Moreno, 2013 p. 13).

Si bien la teoría freudiana es conocida por el papel otorgado a la sexualidad infantil en la configuración del aparato psíquico y en la etiología de las neurosis, también es cierto que la adolescencia, bajo la lógica de la retroactividad, tiene también un lugar indiscutible en dichas conformaciones psíquicas, puesto que comienza a ser entendida como un momento de resignificación, reordenamiento y retranscripción de las representaciones o huellas mnémicas del pasado.

### **3.2 LAS METAMORFOSIS DE LA SEXUALIDAD**

El segundo gran momento del desarrollo conceptual entorno a la adolescencia se plasma en el tercero y último de los *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905c), titulado "*Las metamorfosis de la pubertad*". Este texto constituye la exposición más amplia y compendiada de Freud de sus más importantes ideas acerca de la adolescencia. El hecho de que esta publicación aparezca durante una época relativamente temprana de sus desarrollos teóricos, implica que las principales

tesis allí planteadas puedan no estar suficientemente refinadas o que no revelen sus consideraciones finales; sin embargo, ellas resultan particularmente útiles para identificar los cambios de orientación que van teniendo lugar y para hacerse a una idea preliminar acerca de aquellos procesos psíquicos cruciales durante la adolescencia.

Las elucidaciones hechas por Freud en esta obra atienden más al esclarecimiento de las transformaciones puberales, la maduración física, las diferencias entre los sexos y las influencias de todo ello en la vida sexual adulta. Los tópicos principales conciernen a las fuentes y los mecanismos de la excitación sexual, a los procesos de satisfacción y las diferencias entre la sexualidad masculina y femenina.

A pesar de la marcada orientación fisiológica de los *Tres ensayos*, y que es congruente con su contexto general, Freud profundiza simultáneamente en la naturaleza psíquica de la sexualidad y en el lugar de ésta en la vida anímica del infante, lo cual también habrá de influir en el papel otorgado a la pubertad (adolescencia) en el desarrollo psíquico (Fernández-&-Moreno, 2013 p. 16). Es a partir de una visión fisiológica de la sexualidad que Freud empezará a colegir las características psíquicas específicas de la adolescencia; motivo por el cual introduce también en su ensayo reflexiones acerca del hallazgo del objeto sexual, del desasimiento de la autoridad parental, del vínculo amoroso, y de la barrera del incesto, entre otros.

Si bien “Las metamorfosis de la pubertad” intenta por primera vez esclarecer los fenómenos característicos del acaecer sexual durante la adolescencia, es cierto también que su principal aporte reside en la articulación que se hace de ella con los procesos de la sexualidad infantil, por lo que la adolescencia comenzará a tener un papel cada vez más destacado para la teoría psicoanalítica general.

Las transformaciones que presenta Freud en este escrito conciernen ante todo a la sexualidad, y pueden abordarse tomando como referencia los componentes de la pulsión (Fernández-&Moreno, 2013). En lo tocante al *objeto*, Freud plantea que el sometimiento de la sexualidad bajo la primacía de los genitales deriva en la búsqueda del objeto sexual externo y complementario que mejor pueda satisfacer los nuevos intereses pulsionales. En el caso del varón la penetración de una cavidad del cuerpo que permita el placer final de la meta copulatoria. En este mismo, sentido la sexualidad se vería exhortada a abandonar el autoerotismo infantil para pasar a la satisfacción con un objeto externo, diferenciado y fuera del propio cuerpo.

Como ha sido reiterado por Freud en múltiples ocasiones, y como hemos señalado antes, el encuentro con el objeto sexual durante la adolescencia, es un reencuentro, que se remonta al objeto de satisfacción primordial, cuando la sexualidad se hallaba apuntalada en la nutrición. La relación con el pecho materno, aquel objeto que reunía la satisfacción de las pulsiones de autoconservación y las sexuales, se convierte en el paradigma de las futuras relaciones del yo con sus objetos de amor, puesto que el sujeto, en sus nuevos vínculos, buscará reproducir la relación ideal de gratificación del tiempo de la lactancia.

En vista de que el mundo de la sexualidad infantil está gobernado por la relación con los objetos parentales, el objeto sexual definitivo siempre será o estará evocando un objeto y una relación de carácter incestuoso. Durante la época infantil las tendencias incestuosas, parricidas y bisexuales son toleradas con mayor facilidad, sin embargo, el imperio de la genitalidad que llega durante la adolescencia hace que la relación incestuosa con el objeto pueda consumarse efectiva y cabalmente, de una forma que anteriormente era imposible. Por lo

mismo, esta posibilidad de una relación con el objeto incestuoso comporta ahora un mayor rechazo y oposición, sobre todo en un momento en que se han configurado las instancias psíquicas y los diques morales que harían intolerable la posibilidad de cumplir tal fantasía incestuosa.

En atención a lo anterior, una de las tareas y conflictos más importantes que aparecen con la adolescencia será el desasimio de los vínculos infantiles libidinales y de autoridad con las figuras parentales, pues de quedar el sujeto fijado en una posición infantil respecto a estos objetos, en la que la misma prohibición del incesto no permite la materialización de los deseos genitales, podría desarrollar una ternurización de los lazos libidinales y por tanto una inhibición sexual (Fernández-&-Moreno, 2013 p. 18)

Por otra parte, en lo relativo a *la meta*, se dice que durante la pubertad (adolescencia) la sexualidad se enlaza con una nueva finalidad, que marca un distingo claro con las metas independientes de las pulsiones parciales infantiles. De acuerdo con Freud, una sexualidad coincidente con la maduración de los caracteres secundarios y subordinada a la primacía genital, plantea como meta última el logro del placer final relacionado con la experiencia orgásmica, y el vaciamiento de las sustancias genésicas. Tales condiciones nuevas que toma la sexualidad no excluyen los modelos parciales infantiles, por el contrario, estos pasan a integrarse con la genitalidad, contribuyendo, como placeres preliminares, al aumento de la excitación y al despliegue de la energía motriz requerida para la conclusión del acto sexual, es decir, a la búsqueda del placer final. Lógicamente esta primacía, que tan repetidamente se menciona en la obra freudiana, se asocia con los cambios físicos puberales, es decir, con el desarrollo de los genitales externos y las transformaciones que preparan el cuerpo para las funciones reproductivas.

Por último, respecto de los cambios en las *fuentes* pulsionales durante la pubertad (adolescencia), el más importante se relaciona con el modo de tramitar la excitación. El predominio de los genitales como zona erógena regente trae consigo nuevas formas de excitación y de satisfacción, que les cierran el paso a las satisfacciones independientes de las pulsiones parciales y las convierte en un incentivo previo.

Por otro lado, el protagonismo de los órganos genitales orienta hacia el reconocimiento pleno de las diferencias entre los sexos, hacia la consolidación de la polaridad psíquica masculino-femenino. En opinión de Freud, la bisexualidad infantil debe ser resuelta también durante el paso por la adolescencia, según un proceso que determinará el predominio de una sexualidad de naturaleza masculina o femenina. Dice él, además, que la consolidación genital en el caso del varón se caracteriza por la aparición del impulso del miembro erecto hacia la penetración en una cavidad que produzca una mejor y mayor excitación, acompañada de una consumación psíquica con un objeto ya prefigurado desde la infancia temprana, según el modelo del pecho materno. La reafirmación genital de la mujer, en cambio, resulta ser un proceso más complejo, pues según Freud, debe experimentar una mudanza de su carácter predominantemente masculino, centrado en el clítoris, hacia la vagina como zona erógena privilegiada. De acuerdo con las premisas freudianas esto se evidencia en la equivalencia entre el clítoris y el pene del varón, así como por la cualidad homosexual de la relación primordial con la madre. Bajo estos presupuestos, la pubertad (adolescencia) en la mujer comporta una oleada de represión de la sexualidad clitoridea infantil como condición de la mencionada mudanza (Freud, 1905c pp. 200-202).

### 3.3 PUBERTAD Y COMPLEJO DE EDIPO

El último gran momento de la evolución teórica del pensamiento de Freud respecto a la adolescencia y luego del año de 1905, se refiere a su relación con el complejo de Edipo. A pesar del énfasis en abordar la adolescencia como una forma de entender la vida psíquica infantil, y de la ausencia de más extensos desarrollos sobre ella después de esa fecha, la adolescencia seguirá conservando su lugar y función particular gracias a la perspectiva del concepto de *a posteriori* (o *après-coup*) (Fernández-&-Moreno, 2013 p. 21)

Vale recordar entonces que, para Freud, los recuerdos más importantes que se tienen sobre la propia infancia, en realidad se establecen en una época posterior, según él, durante la pubertad (adolescencia). En este sentido, las representaciones psíquicas que se realizan sobre la infancia obedecen a refundiciones, resignificaciones y vinculaciones influidas por los intereses y vivencias sexuales de la pubertad (adolescencia).

La adolescencia, gracias al desarrollo de la teoría del complejo de Edipo, y a su puesta en relación con él, según la lógica del *a posteriori*, comenzará a verse involucrada de manera más profunda con desarrollos de la vida psíquica normal, como la vida amorosa y la configuración de las instancias psíquicas, y menos restringida al contexto de los mecanismos de formación de síntomas neuróticos.

En suma, Freud reconoce la adolescencia como un momento de reactivación de las mociones edípicas infantiles, a partir del cual los impulsos incestuosos, parricidas y la bisexualidad constitutiva habrán de cobrar un vigor renovado, trayendo consigo riesgos y conflictos psíquicos que nuevamente deben ser afrontados.

### 3.4 EL SEGUNDO PROCESO DE INVIVIDUACIÓN

*Peter Blos* es reconocido como una figura representativa en el panorama del psicoanálisis post-freudiano, destacándose especialmente por sus aportes al esclarecimiento psicoanalítico de los procesos adolescentes; como colaborador de Anna Freud en diversos proyectos educativos, toma de ella su inspiración a la hora de plantear algunos de los conflictos y vicisitudes más determinantes para el proceso de la transición adolescente, sin embargo, la profundidad y rigor que surgen de sus propios hallazgos clínicos le permiten lograr una teorización sistemática de la adolescencia, en la que se articulan dimensiones psíquicas tan variadas como la vida pulsional, el desarrollo de las instancias yoicas, el complejo de Edipo, las diferencias entre los sexos, y la genitalidad, entre otras.

De acuerdo con las propuestas de Blos, para comprender la adolescencia deben tenerse en cuenta, en primera instancia, los procesos de maduración biológica que particularizan la llegada de la pubertad, pero ante todo, los procesos de transformación y reacomodación psíquica concomitantes. Según esto, los momentos álgidos del desarrollo adolescente son aquellos en que la maduración puberal se yuxtapone con las reacomodaciones psíquicas adolescentes, haciendo necesarias nuevas formas de integración. Desde esta misma perspectiva, Blos identifica ciertos hitos del desarrollo que comportan tareas madurativas específicas y resolución de conflictos psíquicos particulares. Según él, la reestructuración psíquica es la labor más importante de la transición adolescente; reestructuración que por su naturaleza y características será conceptualizada como *el segundo proceso de individuación* (Blos, 1979 p. 118).

Blos toma el modelo del primer proceso de individuación infantil propuesto por M. Mahler, relacionado con el logro por parte del niño de la constancia en las representaciones del self y del objeto y con el abandono de la fusión simbiótica con la madre, para convertirse en un ser psíquicamente independiente, para entender la necesidad adolescente de desprenderse de los vínculos de dependencia familiar, de abandonar las relaciones de objeto infantiles para asumir relaciones adultas y lograr límites firmes en las representaciones del self y del objeto como parte de este nuevo proceso de individuación.

Al profundizar en la segunda individuación se encuentra que es un proceso complejo, que no sólo implica la desvinculación emocional de los objetos infantiles o la búsqueda de nuevos objetos pulsionales, sino que también está determinado por el desarrollo de las instancias psíquicas reguladoras (yo, ideal del yo y superyó). Durante la época que antecede la llegada de la adolescencia, el yo de los padres presta sus servicios como una extensión del propio yo del niño, siendo ésta una condición innegable de la dependencia infantil y que influye en la tramitación de la angustia y en la regulación del narcisismo. Entonces si durante la adolescencia debe existir un rechazo hacia los padres como objetos libidinales, ya sea porque resultan incestuosos o porque los intereses se desplacen hacia objetos exogámicos, forzosamente también se estará rechazando los lazos de dependencia del yo y el apoyo psíquico que ellos solían erogar. Como resultado de esto, dice Blos, es típico de la adolescencia un cierto debilitamiento de los recursos yoicos, derivado de la intensificación en la fuerza pulsional y el rechazo del apoyo parental (Blos,1979 p. 120).

Por lo anterior, puede entenderse que paralelamente a la intensificación de los empujes pulsionales que obligan a la búsqueda de nuevos objetos, deben presentarse progresos en el ámbito de la maduración yoica. El desarrollo pulsional y yoico deben influirse recíprocamente para promover el proceso de individuación

adolescente, puesto que el desprendimiento de los vínculos objetales infantiles da lugar al establecimiento de relaciones maduras y menos cargadas de angustia, e igualmente el fortalecimiento de los recursos yoicos ayuda a prevenir el retorno o restablecimiento de las posiciones infantiles ya abandonadas. Es tal el grado de compromiso entre el desasimiento de los objetos parentales y la maduración yoica, que los desplazamientos de investidura terminan influyendo profundamente en las estructuras que habrán de determinar la personalidad luego de la adolescencia (Blos, 1979 pp. 121-124).

Las apreciaciones de Blos respecto al debilitamiento yoico recuerdan bastante las afirmaciones realizadas anteriormente por Anna Freud (1936), en las cuales se aborda precisamente el conflicto entre el yo y el ello durante la pubertad, y los mecanismos defensivos que el primero debe desplegar para tramitar las presiones de los afectos e impulsos. Blos, por su parte, profundiza mucho más en la transformación de las instancias psíquicas en el período adolescente. Plantea que la fuerza de las pulsiones puberales no son la única causa responsable de la fragilidad yoica. Sus experiencias clínicas le permiten discernir que existen unas tendencias regresivas parciales a estados de indiferenciación yoica y pulsional infantiles, que no responden a mecanismos defensivos o patológicos, sino por el contrario, serían congruentes e incluso necesarias para la reestructuración psíquica.

Tal proceso, designado por Blos como una *reestructuración psíquica por regresión*, constituye, junto con el segundo proceso de individuación, uno de los pilares fundamentales de su propuesta teórica. Bajo estos preceptos, se considera la adolescencia como el único período de la vida en que existe una regresión pulsional y yoica, y aunque en primera instancia puede parecer contradictoria con las tendencias madurativas de la segunda individuación, lo cierto es que se

presenta no sólo como parte necesaria sino más bien obligatoria del desarrollo normal (Blos, 1979, p. 128).

La importancia, implícita en este proceso de maduración por regresión, reside en la posibilidad de modificar los restos de traumas, conflictos y fijaciones infantiles, por medio de la acción de los recursos ampliados de un yo más maduro sobre ellos; recursos que durante la adolescencia se apuntalan en un empuje evolutivo que promueve el crecimiento y el desarrollo. En opinión de Blos, una de las particularidades más llamativas de la adolescencia consiste en la capacidad única para pasar de la conciencia regresiva a la progresiva sin reparo alguno. De ahí que exista una especial proclividad para establecer contacto emocional con las pasiones del pasado con el fin de que las investiduras originales dirigidas a los objetos parentales puedan ser depuestas (Blos, 1979 pp. 127, 134).

Los estados en los que el yo puede regresar a posiciones infantiles muestran una proximidad con los objetos semejante a la fusión. Estos estados, en los que el sujeto busca una cuasi-fusión en el ámbito de las representaciones simbólicas, servirían como un alivio temporal y como una suerte de resguardo contra la posibilidad de una fusión total con los objetos interiorizados durante la infancia (Blos, 1979 p. 130). En este sentido podría entenderse las experiencias de desbordamiento, compromiso absoluto y éxtasis que suelen producir en los adolescentes la participación en rituales religiosos, el uso de sustancias tóxicas, e incluso los estados de enamoramiento.

Como reflejo de este proceso simultáneo de tendencias regresivas y progresivas del adolescente, se encuentra el constante debate entre la pasividad y la actividad. No es extraño que, con la llegada de las transformaciones puberales y el aumento de la tensión pulsional, el adolescente pueda regresar a las antiguas formas de

reducción de la tensión y la angustia. Tales formas de regresión pulsional reflejarían un retorno a una pasividad primordial, y estarían en una franca oposición con los empujes a la actividad y a la acción que proponen las nuevas capacidades corporales psíquicas y el afán de nuevas experiencias. Mientras puede recurrirse a formas infantiles para afrontar los momentos de crisis, también subsiste una tendencia progresiva que propende por el aumento de la autoconfianza, por un dominio cada vez mayor de la realidad, y sobre todo una motivación por satisfacer los nuevos deseos y aspiraciones.

Finalmente, tal regresión a estados primitivos del yo sólo puede tener lugar, sin llevar a posiciones defensivas o patológicas, dentro de un yo relativamente intacto y cuyos cimientos hayan sido establecidos con suficiente solidez durante la infancia. Generalmente, las funciones críticas y observadoras del yo continúan ejerciendo su función, y a pesar de que sus recursos se vean disminuidos, impiden que la regresión del yo se vea desdibujada y derive en un estado infantil de fusión. Con la llegada de la adolescencia, la relación y alianza entre el yo propio y el yo de los padres se ve perturbada, por lo que la regresión yoica puede comprometer la integridad o dejar al descubierto las fallas en la organización temprana (Blos, 1979 p. 130-131).

Otra de las tesis fundamentales en la obra de Blos, y que guarda también estrecha relación con el desarrollo y expansión de los recursos yoicos, tiene que ver con el lugar ocupado por el complejo de Edipo en el proceso de la transición adolescente. Según él, el punto de partida infantil de la disolución del complejo de Edipo coincide con la clausura de la fase fálica, y aunque es común referirse a este proceso como sepultamiento o disolución, considera que se trata más bien de la suspensión de una constelación conflictiva, y no tanto de una resolución definitiva, por cuanto la adolescencia reaviva, y lleva a un nuevo nivel, los conflictos relacionados con la fase fálica, en razón de la maduración biológica y de

los nuevos impulsos sexuales dirigidos a los objetos incestuosos (Blos,1978 p. 386). Por otra parte, la reactivación de las tendencias edípicas durante la adolescencia se distingue precisamente por el protagonismo que toma el complejo de Edipo negativo.

Durante la infancia el amor edípico hacia cada uno de los progenitores no representa una contradicción ni se asume como una tendencia opuesta que deba ser excluida por la otra; ello en virtud de la aceptación de la bisexualidad constitutiva. En la adolescencia, en cambio, tales tendencias bisexuales tienen la capacidad de despertar el conflicto y producir desajustes psíquicos importantes, pues ahora se está bajo el predominio de la polaridad masculino-femenino y bajo la influencia de una oposición más férrea a los impulsos incestuosos, debido a la maduración de las estructuras yoicas. El amor del complejo de Edipo negativo, tal como se ha dicho, está dirigido a la figura parental del mismo sexo, al corresponder tal tendencia a un vínculo incestuoso y a la vez homosexual, la relación con el objeto suele generar conflictos de particular intensidad, por lo que será una de las tareas más importantes para el adolescente la de-sexualización de la relación con el progenitor del mismo sexo y la disolución del complejo de Edipo negativo.

La relación edípica con el progenitor del mismo sexo sobrepasa, en mucho, la dimensión de las aspiraciones pulsionales y del vínculo amoroso, pues también se relaciona con aspectos tan trascendentales como la identidad sexual, los procesos identificatorios, el narcisismo y la estructuración del ideal del yo. El vínculo edípico negativo corresponde principalmente a una relación narcisista de objeto, es decir, de amor por lo que se quiere ser. Por tanto, la tarea del adolescente tendrá que ver con la estructuración narcisista del ideal a través de la de-sexualización de la relación homosexual del Edipo.

El ideal del yo infantil guarda relación con los sentimientos de omnipotencia, el autoengrandecimiento, la investidura libidinal del propio yo y la regulación de la satisfacción. Durante la adolescencia dicho ideal debe entrar en un proceso de sociabilización, por lo que la función de idealidad que reposa sobre las figuras parentales (especialmente con aquella que es objeto de identificación) deberá ir declinando paulatinamente dando lugar a la posibilidad de reconocer y admitir sus imperfecciones, y por ende las imperfecciones propias. Así, al abandonar las aspiraciones de perfección absoluta, los ideales podrán satisfacerse a través de modelos más concretos y realistas, derivando en la posibilidad de satisfacer el ideal del yo narcisista en situaciones de la vida ordinaria como la conformación de una familia, la elección de carrera, o los ideales políticos y religiosos, entre otros.

### **3.5 GENITALIDAD, IDEALIDAD Y VÍNCULO AMOROSO**

Si en algún punto de la teoría psicoanalítica de la adolescencia parecen estar de acuerdo los autores, es en el hecho de que los principales conflictos de la adolescencia se desencadenan como resultado de las transformaciones puberales, es decir, del desarrollo de los caracteres sexuales primarios y secundarios. A propósito de este tema, se torna importante la revisión de algunas ideas planteadas por Louise Kaplan, quien en el capítulo *Ars erótica y sueños de gloria* (1984 pp. 183-213), perteneciente a su libro *Adolescencia: el adiós a la infancia*, aborda el tema del despertar sexual de la adolescencia al tiempo que lo relaciona con los procesos identificatorios, los vínculos de grupo y de pareja, las diferencias entre los sexos y el narcisismo.

Es consabido que el empuje de la sexualidad genital, que deviene de la maduración puberal, trae consigo un conjunto de excitaciones y posibilidades de satisfacción que remiten a nuevas categorías de placer, a un nuevo cuerpo, a nuevas posiciones identificatorias y hacia la búsqueda de nuevos objetos. De

acuerdo con Kaplan, es común que las primeras materializaciones de la sexualidad genital tomen la forma onanista. Tanto los varones como las mujeres, a través de la masturbación, pueden empezar a familiarizarse con las sensaciones prodigadas por sus propios cuerpos. Sin embargo, este nuevo descubrimiento también empuja a salir del solipsismo para remitir a un objeto externo y prepararse para el encuentro con el cuerpo del sexo complementario, con el deseo de formar pareja y de establecer relaciones duraderas.

Las imposiciones de las nuevas experiencias genitales propias también despiertan el interés del adolescente por los caracteres sexuales secundarios del sexo opuesto. Es por ello que surge el interés o la preocupación por atraer la atención del otro y por enganchar la mirada del otro sobre el propio cuerpo. Por esta razón el adolescente tiende a verse envuelto en rituales acerca de cómo adornar, exhibir, resaltar, ocultar o disimular determinadas partes de su cuerpo con el fin de configurar un repertorio de recursos eróticos que habrán de ser desplegados en sus nuevas relaciones sexualmente adultas.

Igualmente, las primeras manifestaciones y expresiones eróticas de los adolescentes presentan un importante componente identificador, pues la mayoría de las veces tiene como objetivo resaltar la adquisición de la propia sexualidad, las diferencias entre hombres y mujeres, y las distancias generacionales; así se entienden las formas bien diferenciadas que tienen los adolescentes para vestirse, expresarse, comportarse e interactuar con el sexo opuesto. También la identificación juega un papel importante en los primeros actos amorosos: el contacto corporal con la pareja y los prolongados juegos preliminares, el contacto de las superficies corporales, el descubrimiento y la estimulación de las distintas zonas erógenas (los labios, los pechos, los genitales) permiten reconocer y confirmar las diferencias entre el propio cuerpo y el cuerpo del otro, al tiempo que se asume el rol sexual complementario (Kaplan, 1984 pp. 186-187).

En el plano del vínculo amoroso, los estados de enamoramiento que con frecuencia acompañan este descubrimiento sexual, tienden a verse magnificados por los rasgos narcisistas incluidos en la relación. Trátese de relaciones breves o duraderas, el adolescente tiende a experimentar el amor como un sentimiento idílico, que llena por completo y al cual se entrega totalmente. La presencia y el contacto con la persona amada es el reflejo de un estado de absoluta perfección, el cual a su vez despierta las excitaciones eróticas, moviliza la gratificación mutua del contacto corporal y el éxtasis de la experiencia orgásmica con el otro. En síntesis, el otro puesto en el lugar del ideal sexual parece cumplir todas las expectativas y satisfacer todas las necesidades del propio yo, por lo que estaría evocando un estado de idealidad narcisista como el experimentado durante la infancia temprana.

No obstante, la ilusión de entendimiento y compenetración plena con la pareja, la vivencia de perfección absoluta puede resultar amenazante para cualquiera de los dos, por lo que empieza a vivirse la relación como un riesgo para la propia integridad yoica. La incapacidad para mirar el objeto y a sí mismo por fuera de la fantasía de amor idílico, en la cual el objeto y el yo en relación con éste son un ideal, deriva en la frustración del deseo a la hora de tener que reconocer al otro con imperfecciones y defectos, alejado de la imagen ideal proyectada. Por esta razón, no es de extrañar que la relación sea interrumpida de manera abrupta para emprender la búsqueda de un nuevo amor perfecto con un objeto diferente.

A pesar de que los primeros amores de la adolescencia muestren este marcado carácter individualista, e incluso puedan representar simples formas de explotación narcisista, ellos son una expresión directa de la corriente que une los amores y odios del pasado con el futuro y con el presente real. La persona amada puede ser el reflejo de la madre o el padre idealizados en la infancia, o una mezcla

del sí-mismo y el objeto con el que alguna vez existió una relación ideal, de perfección y belleza (Kaplan, 1984d pp.190-191).

### **3.6 DISCUSIÓN Y SÍNTESIS**

Un punto en el que la mayoría de los autores revisados coinciden es el del papel determinante de las transformaciones biológicas puberales en el devenir del proceso adolescente. El desarrollo de los caracteres sexuales secundarios y la maduración de los órganos responsables de la reproducción marcan el inicio de un conjunto de transformaciones psíquicas que parecen incontenibles. Las pulsiones parciales que anteriormente se expresaban de manera aislada y buscaban el placer de órgano, ahora se sintetizan e integran para pasar a formar parte de un nuevo ordenamiento sexual en el cual la meta final consiste en la experiencia orgásmica y la descarga de los productos genitales. El primado de los genitales como zona erógena privilegiada, las nuevas formas de excitación y las nuevas posibilidades de satisfacción, aportan el empuje y la acción motriz requerida para el logro de más elevados placeres.

Como parte de todos estos cambios puberales y de este despertar sexual, tiene también lugar la búsqueda del objeto sexual definitivo, de aquel objeto complementario que mejor pueda estimular la zona erógena que exige satisfacción.

Pero como la relación amorosa es mucho más compleja que el vínculo de satisfacción entre una pulsión y su objeto, también se activan los intereses por el establecimiento de relaciones de pareja estables, duraderas y apasionadas. El interés que se despierta en el adolescente por involucrarse en una relación de pareja estimula el desarrollo psicosexual, ya que implica la búsqueda de nuevos

objetos, el dominio de unas nuevas posibilidades sexuales, la superación de las barreras y prohibiciones que implica la relación con el otro, la asunción de una nueva identidad con respecto al propio cuerpo, la consolidación de las instancias auto-reguladoras, y en general, el abandono de las posiciones infantiles para integrarse a la sociedad como un sujeto adulto.

Ahora bien, mientras ocurre la eclosión de la sexualidad genital durante la adolescencia el mundo psíquico y de las relaciones de objeto aún se encuentra gobernado por el vínculo parental, por lo que se reactivan las prohibiciones y angustias edípicas. Durante el período infantil resultaba lógico que las figuras parentales fueran los primeros objetos sobre los que recaía el amor del niño, ya que ellas eran las encargadas de resarcirle de su estado primordial de desvalimiento, de introducir, al interactuar con él, la sexualidad y la ternura, así como investir libidinalmente su yo. En estas circunstancias entonces, la fuerza pulsional genital del adolescente que presiona por su satisfacción, emerge sobre el trasfondo de unas relaciones infantiles con los objetos parentales, es decir, de unas relaciones de naturaleza incestuosa.

A este respecto parece existir otro punto de consenso dentro de la comunidad psicoanalítica, a saber: que el adolescente se encuentra ante la difícil tarea del *desasimiento de las figuras parentales*, es decir, de un trabajo de transformación y resignificación de los padres de la infancia como objetos internalizados. De no ocurrir este desasimiento, el adolescente podría quedar fijado en un vínculo de ternura infantil, que por su condición incestuosa, no permitiría la gratificación y expresión de los deseos genitales.

Pero este desasimiento del vínculo libidinal con los padres no está libre de consecuencias, entre ellas, la de un menoscabo de los lazos identificatorios, por

cuanto él implica rechazar el apoyo yoico que representaban los padres durante la infancia. En efecto, para el infante los padres no sólo eran objetos de amor, sino que también representaban un apoyo yoico importante frente a situaciones de crisis o angustia que su yo, aún en desarrollo, no podía tramitar. Por consiguiente, los recursos yoicos del adolescente se ven seriamente comprometidos por este proceso de desprendimiento de los vínculos de dependencia infantil. Razón por la cual se considera que en la adolescencia se asiste a un debilitamiento yoico generalizado, el que además compromete el narcisismo, el superyó y el ideal del yo como instancias reguladoras, la identidad sexual y el esquema psíquico corporal.

Se entiende así la necesidad de que, como parte de este proceso de transformación psíquica general de la adolescencia, el desarrollo libidinal deba ir acompañado de una maduración y ampliación de los recursos yoicos. Igualmente, se entiende que sea completamente normal y necesario que haya retornos temporarios a estados infantiles yoicos y pulsionales, pues sin ellos no sería posible que los restos de traumas, conflictos y fijaciones, fueran modificados por la intervención de los recursos del nuevo yo, que se suponen más amplios y maduros que los del niño.

Otro elemento que caracteriza al proceso de transformación adolescente es su tendencia a la expansión de las fronteras psíquicas, a la búsqueda de nuevas experiencias, la adquisición de todo un nuevo repertorio de posibilidades sexuales, el encuentro de nuevos sistemas de valores, y en general una fuerza que impulsa hacia el futuro. Empero, al mismo tiempo existen fuertes lazos que unen al adolescente con el pasado, con las formas conocidas de vínculo y de satisfacción; existen fuertes deseos de regresar a la pasividad o seguridad de las relaciones de dependencia infantil. Con todo, si en este debate suelen imponerse finalmente las tendencias progresivas, los lazos que unen con el pasado nunca son

abandonados completamente, pues los apegos de la infancia tienen una influencia poderosa sobre la vida del adulto y las formas arcaicas del deseo buscarán la manera de mantenerse activas y continuar expresándose.

#### **4. LA ADOLESCENCIA Y LA CAPACIDAD DE AMAR**

En la indagación sobre las condiciones bajo las cuales tienen lugar los vínculos amorosos adolescentes, se ha tratado de considerar los parámetros concernientes a las transformaciones y a los estados psíquicos del joven: los vínculos con los objetos, las formas de deseo, y las prohibiciones del presente y del pasado.

Lo primero que puede decirse es que el amar no aparece como una capacidad inédita en el transcurso de la adolescencia, pues se sabe que ésta se remonta a un estado de narcisismo primario en el cual el yo coincidía con todo lo gratificante y placentero, cualidades que fueron siendo transferidas a los objetos a medida que pudieron imponerse ante el yo como fuentes de placer. Diferentes formas de amor se presentan a lo largo del desarrollo psíquico, siendo el conflicto entre el amor incestuoso y la autoridad durante el complejo de Edipo un momento paradigmático de este desarrollo; durante la adolescencia el vínculo amoroso aparece como uno de los primeros intentos por fijar la libido en un objeto por fuera del contexto endogámico, y a través del cual empiezan a ponerse a prueba los nuevos posicionamientos eróticos y yoicos.

Teniendo en cuenta esto, no es de extrañarse que las primeras formas de amor adolescente se muestren de una manera particularmente vívida, bajo las modalidades infantiles de la idealización, la dependencia y las fantasías de fusión simbiótica, entre otras. Claro está, todo ello bajo el predominio de una nueva sexualidad genital. Así, las primeras elecciones de objeto dadas en la adolescencia tienden a funcionar como una suerte de rito de transición en el cual existe la posibilidad de satisfacer los anhelos genitales, próximos a una posición

adulta, mientras aún se está en el proceso de remoción de los lazos de dependencia infantil. Por tal motivo, no es extraño que el adolescente despliegue hacia su objeto de amor una investidura libidinal tan fuerte e intensa como la que otrora recaía sobre sus padres.

En toda relación de amor genital se evocan los primeros objetos elegidos por el yo, los cuales, como se ha explicado, corresponden con aquellas figuras que introducen la sexualidad en la vida psíquica y reparan el desvalimiento primordial, es decir, con los padres. Por el hecho de encontrarse en el proceso de desasimiento de estos últimos, las ansiedades edípicas que se despiertan ante la posibilidad del acceso genital al objeto se tornan especialmente intensas. Muchas veces tal situación puede derivar en un rechazo de los vínculos con el mundo exterior, en aislamiento, volcamiento sobre sí mismo, y en conductas de autocomplacencia, como la masturbación. Debido a esto, el desarrollo de la capacidad para el amor y para satisfacer los anhelos genitales con la persona amada, comporta, en cierto sentido, una aceptación y un auto avalar para acceder al objeto edípico, pues como decía Freud, la verdadera satisfacción plena en la vida amorosa sólo puede lograrse tras haber aceptado la representación del incesto.

Existen múltiples componentes infantiles que se expresan con normalidad en la vida amorosa genital adulta. Sin embargo, estos parecen influir y mostrar sus facetas más primitivas durante la adolescencia, posiblemente, como ya se señaló, a causa del debilitamiento yoico que la acompaña. Así por ejemplo, la llamada identificación empática, que en el vínculo adulto se relaciona con la capacidad para preocuparse por el otro y darle tanta importancia a sus intereses y deseos como a los propios, en el adolescente, en cambio, parece incluir procesos más básicos, tales como el reconocimiento de su propio cuerpo sexuado y el reconocimiento de las diferencias entre los sexos a través de la estimulación de

las zonas erógenas. Las caricias y los prolongados juegos preliminares de los adolescentes, que muchas veces son suficientes para el logro de la experiencia orgásmica, tienen la función de reconfirmar las diferencias sexuales e identificarse con el propio rol sexual y reconocer el rol sexual complementario de la pareja.

Debido a esta misma crisis de las estructuras yoicas, que exige definir nuevamente los límites corporales y las representaciones del self y del objeto, buscar nuevos sistemas de ideales, y asumir un espectro más flexible de regulaciones, el adolescente puede ser un sujeto especialmente vulnerable o por el contrario excesivamente demandante frente al objeto de amor. No obstante, el hecho de que la relación de pareja pueda trascender al ámbito social, es decir, que se reconozca la relación de compromiso bajo los cánones sociales, promete al adolescente un lugar nuevo, como ser sexuado, adulto y con la capacidad de procrear, y al cual le corresponde nuevas libertades pero también nuevas regulaciones.

Otro componente infantil reactivado en el vínculo amoroso adulto, es el de la idealización sexual del objeto. Tiene una función importante en dicho vínculo, pues le imprime un tono apasionado y, por otro lado, permite que el yo recupere su investidura narcisista, por medio de la posesión del objeto idealizado o al ser amado por él. La existencia de un objeto sexual idealizado, sumada a un debilitamiento yoico y una reorganización de los cimientos narcisistas, como la que se presenta en la adolescencia, puede hacer que dicho objeto absorba toda la libido narcisista, sin dar lugar a las gratificaciones que permiten la reinvestidura del yo, y dejando al objeto en posesión de todas las cualidades ideales. En esta situación, que es más frecuente en aquellos casos en los cuales la elección de objeto recae sobre personas mayores o representantes de la autoridad parental, el adolescente puede volverse sumiso, adaptable y persuasible.

Por otra parte, la tendencia del adolescente a reactivar las posiciones libidinales y yoicas del pasado hace que la experiencia del vínculo amoroso se convierta en una proyección franca del narcisismo infantil sobre el objeto, y la relación del yo con el objeto refleje una fantasía de idealidad y perfección absoluta como la que una vez se tuvo con el objeto materno. Existe la sensación de que el otro completa y satisface a cabalidad las aspiraciones propias, que con él se forma una unidad perfecta, en la que el yo experimenta un placer extático asociado a la compenetración de los cuerpos y al retorno a una fusión simbiótica. Los problemas aparecen cuando el espejismo del propio ideal cumplido a través del otro se desdibuja y empieza a reconocerse a la persona tal cual es, con sus defectos e imperfecciones; sus fallas más comunes comienzan entonces a ser asumidas como un menoscabo del narcisismo. En este sentido, más que desear a la otra persona, lo que se desea es el estado de perfección a alcanzar por el propio yo, a través de la idealización del objeto y de la relación. En estas condiciones, el objeto amado puede ser abandonado intempestivamente y ser substituido rápidamente por un objeto nuevo, con el cual pueda replicarse este mismo tipo de relación.

## CONCLUSIONES

Para esclarecer las características singulares que presentan los vínculos amorosos durante la adolescencia resulta de vital importancia comprender los procesos y transformaciones psíquicas que la particularizan, pues en la capacidad para establecer una relación amorosa se involucran importantes recursos psíquicos pertenecientes a diferentes niveles de la organización libidinal y yoica.

Luego de efectuar la revisión de teorías y de acopiar las diferentes razones, resulta lógico definir algunas de las primeras relaciones amorosas del adolescente como formas primitivas en las cuales el vínculo libidinal y el vínculo identificatorio suelen confundirse. Gracias a esta condición dinámica se entienden otros hechos como la reconfiguración de la propia representación del cuerpo a través del contacto genital con la pareja, la identificación con el rol sexual y social de género en consonancia con el compromiso social, al igual que se entiende que en ciertos vínculos solamente interese la gratificación narcisista por medio de la proyección de los propios ideales en el otro, o incluso que en ellos llegue a predominar la explotación narcisista.

Sobre la base de los desarrollos teóricos presentados se han podido esclarecer algunas características que toman los vínculos amorosos durante el período adolescente. A pesar de esto, las diferencias con respecto al amor adulto no quedan demarcadas, habida cuenta de que los procesos psíquicos que se juegan en el amor adolescente forman parte de las modalidades de amor infantil y además continúan expresándose durante los vínculos amorosos de la vida adulta. Para ejemplificar esto se puede tomar el proceso de idealización. Ésta aparece durante la infancia para posibilitar la transferencia de la libido narcisista sobre los

objetos y el mundo exterior; luego en la vida adulta, si bien ella se relaciona con la posibilidad de erigir un sistema de ideales compartidos con la pareja, también incide en la capacidad para experimentar un amor apasionado, muy similar al romanticismo adolescente.

Estos hechos llevan a plantear la pregunta, y que queda pendiente para empeños investigativos futuros, respecto a la real naturaleza de tales diferencias. Aunque queda claro que los procesos asociados al amor se expresan de diferentes formas y atienden a momentos particulares del desarrollo, falta todavía determinar más claramente si las diferencias que se observan son sólo de naturaleza cuantitativa (de intensidad o cantidad) o de nivel cualitativo, mostrando fundamentos y mecanismos psíquicos bien diferenciados.

## BIBLIOGRAFÍA

- BLOS, Peter (1974) "La genealogía del ideal" en: Peter BLOS (1979) *La transición adolescente*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 261-301
- BLOS Peter (1978) "Modificaciones en el modelo psicoanalítico clásico de la adolescencia " en: Peter BLOS (1979) *La transición adolescente*, Buenos Aires: Amorrortu, 1981, pp. 383-401
- BLOS, Peter (1979) "El segundo proceso de individuación de la adolescencia" en: Peter BLOS, *La transición adolescente*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 118-140
- CARVAJAL, Guillermo (1993) "Crisis" en: G. CARVAJAL, *Adolecer: la aventura de una metamorfosis*, Bogotá: Tiresias, pp. 70-82
- FERNÁNDEZ, Mauricio (2013) "El complejo de Edipo: ni fase ni estructura" Medellín: Documento para curso Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia, 2013.
- FERNÁNDEZ Mauricio, MORENO Ricardo (2013) "La adolescencia en la obra freudiana", Medellín: Documento para curso Departamento de Psicoanálisis, 2013.
- FREUD, Anna (1935) "El yo y el ello en la pubertad" en: Anna FREUD (1936) *El yo y los mecanismos de defensa* (traducción: Y de Cárcamo y C Cárcamo) Buenos Aires, Paidós, 1965, pp. 151-166.
- FREUD, Sigmund (1887a) "Fragmentos de la correspondencia con Fliess" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 1, pp. 215-322
- FREUD, Sigmund (1898b) "La interpretación de los sueños" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomos 4-5, pp. 29-611.
- FREUD, Sigmund (1905c) "Tres ensayos de teoría sexual" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 7, pp. 123-222
- FREUD, Sigmund (1908i) "La novela familiar de los neuróticos" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 19, pp. 217-220

- FREUD, Sigmund (1910d) "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 159-168
- FREUD, Sigmund (1912c) "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 173-183
- FREUD, Sigmund (1913e) "La predisposición a la neurosis obsesivas" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 12, pp. 347-345
- FREUD, Sigmund (1914e) "Introducción del narcisismo" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 14, pp. 71-98
- FREUD, Sigmund (1915b) "Pulsiones y destinos de pulsión" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 14, pp. 113-134
- FREUD, Sigmund (1915g) "Duelo y melancolía" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 14, pp. 241-255)
- FREUD, Sigmund (1915k) "Conferencias de introducción al psicoanálisis" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 16.
- FREUD, Sigmund (1920g) "Psicología de las masas" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 18.
- FREUD, Sigmund (1923a) "El yo y el ello" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 19, pp. 15-66
- FREUD, Sigmund (1923b) "La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad)" en: *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976-80, tomo 19, pp. 145-149
- FREUD, Sigmund (1924b) "El sepultamiento del complejo de Edipo" en: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 19, pp. 181-187
- GRINBERG, León (1978) El concepto de identificación en la literatura psicoanalítica en: Leon Grinberg, *Teoría de la identificación*, Buenos Aires: Paidós, 2 ed., pp. 13-25
- GRINBERG, León (1978) "La teoría de la identificación en la obra de Freud" en: Leon GRINBERG, *Teoría de la identificación*, Buenos Aires: Paidós, pp. 26-33

- KAPLAN, Louise (1984a) "Diálogos de amor: el gran debate del deseo con la autoridad" en: Louise KAPLAN, *Adolescencia – el adiós a la infancia*, Buenos Aires, Paidós, 2004, capítulo 5, pp. 101-117
- KAPLAN, Louise (1984c) "El puente entre los diálogos de amor y el narcisismo" en: Louise KAPLAN, *Adolescencia – el adiós a la infancia*, Buenos Aires, Paidós, 2004, capítulo 7, pp. 141 – 160
- KAPLAN, Louise (1984d) "Ars erótica y sueños de gloria" en: Louise KAPLAN, *Adolescencia – el adiós a la infancia*, Buenos Aires, Paidós, 2004, capítulo 9, pp. 184-213
- RESTREPO, María del Pilar (1992). "Aspectos generales sobre la adolescencia". *Psique*, 2, 16-19.
- KERNBERG, Otto (1995a) "La excitación sexual y el deseo erótico" en: Otto KERNBERG, *Relaciones amorosas – normalidad y patología*, Buenos Aires: Paidós, 3ra reimp: 2003, pp. 42-68
- KERNBERG, Otto (1995b) "El amor sexual maduro" en: Otto Kernberg, *Relaciones amorosas – normalidad y patología*, Buenos Aires: Paidós, 3ra reimp: 2003, pp. 69-93
- LADAME, François (1999) "Para qué una identidad? O el embrollo de las identificaciones y de su reorganización en la adolescencia" *Revue française de psychanalyse*. XXII - N° 2. 405-415
- LAPLANCHE Jean (1969) "El yo y el self - Intervención en el Congreso de la Asociación psicoanalítica internacional (Roma)" en: Jean LAPLANCHE (1992) *La révolution copernicienne inachevée - travaux 1967 / 1992*, Paris: Aubier, 1992, pp. 131-133 {traducción: Mauricio FERNÁNDEZ - publicación original «Le moi ou le soi?» *Documents et débats*, Association psychanalytique de France, febrero 1972, No 5 }.
- LAPLANCHE, Jean (1970) "El yo y el narcisismo" en: Jean LAPLANCHE, *Vida y muerte en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 92-115
- MEREA, Cesar (1976) "Los conceptos de objeto en la obra de Freud", en: BARANGE Willy & col (1976) *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu, pp. 3-22